

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
DEPARTAMENTO DE HISTORIA  
MEDIEVAL, MODERNA Y CONTEMPORÁNEA



VNiVERSiDAD  
D SALAMANCA

**La «invención» del socialismo**  
**Radicalismo y renovación en el PSOE durante**  
**la dictadura y la transición a la democracia (1953-1982)**  
**(Resúmenes)**

JUAN JOSÉ DE LA FUENTE RUIZ

Tesis doctoral dirigida por:

Manuel Redero San Román y M.<sup>a</sup> Dolores de la Calle Velasco

SALAMANCA, 2016



## INTRODUCCIÓN

*El error de la izquierda socialdemócrata fue la confusión entre instrumentos y objetivos. La resistencia al cambio, producida por la ceguera interpretativa de los acontecimientos, que los puso a la defensiva. [...] Si escuchamos con atención por dónde suenan los aires de la historia y no solo los oímos como si lloviera, aferrados a nuestras interpretaciones previas, podemos avanzar en el diagnóstico, aprovechar los nuevos instrumentos.*

Felipe González<sup>1</sup>.

En diciembre de 1976, los cerca de ochocientos delegados elegidos por las diferentes federaciones socialistas del exilio y del interior para asistir al primer congreso del PSOE celebrado en España desde 1932 proclamaron solemnemente que, como dignos receptores de «la más antigua tradición obrera del Estado español», encarnada en el ideal marxista de los padres fundadores del partido, estaban dispuestos a asumir, por primera vez desde el derrumbe del *Ancien Régime* en Europa, el «desafío histórico» de erigir un sistema político que fuese capaz de combinar en dosis iguales socialismo y libertad (socialismo y democracia). Pensaban los delegados reunidos en 1976 en el XXVII Congreso del PSOE que nunca en la historia se había dado la existencia de una sociedad regida realmente por los ideales socialistas; y estaban convencidos, además, de que tampoco había existido hasta la fecha ningún régimen auténticamente democrático en el mundo<sup>2</sup>.

Al sistema instaurado en la Unión Soviética lo calificaban de «fascismo ruso», y, en general, a los países comunistas los describían como «social-dictaduras», como regímenes opresores, que no habían sido capaces de acabar con el capitalismo, sino que, por el contrario, habían generado un «capitalismo de Estado brutal, exacerbado». Tampoco veían en las democracias liberales occidentales unos regímenes verdaderamente democráticos. Los socialistas estaban convencidos de que en la democracia «burguesa» las libertades se daban únicamente en un plano «formal», no real. De hecho, percibían la democracia liberal-parlamentaria como un sistema «limitado», sometido a un conjunto de reglas puramente técnicas, que ocultaban la

---

<sup>1</sup> GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: *Memorias del futuro. Reflexiones sobre el tiempo presente*, Madrid, Aguilar, 2003, pp. 123 y 124.

<sup>2</sup> No había en 1976, según los dirigentes del PSOE, «modelos» disponibles en la historia «que copiar», porque, hasta la fecha, no se «había dado ningún modelo de construcción de socialismo en el mundo»; «Programa de transición», en: GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso (ed.): *XXVII Congreso del Partido Socialista Obrero Español*, Barcelona, Avance, 1977, p. 159.

realidad política y social subyacente, basada en el dominio absoluto de la «lógica del mercado» y en el crecimiento de un «nuevo autoritarismo», propiciado por la tecnocracia capitalista. Por esta razón, en 1976 los socialistas rechazaron por igual el socialismo soviético y la democracia liberal, y propusieron, como alternativa, un modelo de democracia «superior», de democracia «real», «directa», que superase, de una vez y para siempre, el carácter meramente «formal» de la democracia «burguesa»<sup>3</sup>.

A este nuevo proyecto de construcción del socialismo, de democracia «real», lo denominaron entonces «autogestión». Políticamente, nunca especificaron los socialistas de forma clara cómo sería esa democracia real, más allá de proclamar que afectaría a todos los ámbitos de la vida y que toda la población participaría en la toma de decisiones de una forma directa. Sin embargo, sí fueron muy explícitos respecto a la democracia económica que propugnaban. Miguel Boyer lo explicó en varios foros económicos y empresariales en 1976. El sistema propuesto por Boyer se inspiró, según veremos, en el proyecto autogestionario de los socialistas franceses e, indirectamente, en el modelo industrial yugoslavo. Pretendía superar, a través de un plan de economía descentralizada y, a la vez, planificada, tanto el «capitalismo desregulado» occidental como el «capitalismo burocrático de Estado» comunista<sup>4</sup>. Para ello, primero Boyer y después, en el XXVII Congreso, el Grupo de Economistas del PSOE propusieron dividir el entramado empresarial español en tres sectores: uno estatal, otro autogestionario y otro privado.

El primero de ellos, el estatal, estaría constituido por un amplio sector público, nacionalizado, en el que se incluiría, entre otros, todo el sistema financiero, el sanitario o las industrias estratégicas (las energéticas, las eléctricas, la minería, las petroleras)<sup>5</sup>. El segundo sector, el más importante (por ser el de mayor tamaño), sería el autogestionado directamente por los trabajadores. Estos, convertidos por primera vez en la historia en los dueños de su propio destino, actuarían (de hecho y de derecho) como los verdaderos

---

<sup>3</sup> Acta de la reunión del Comité Director del PSOE en el exilio, 11 y 12 de agosto de 1958, pp. 14, 15 y 26-28, PFI/AE 115-18; “Programa de transición”, en: GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso (ed.): *XXVII Congreso*, p. 159.

<sup>4</sup> BOYER SALVADOR, Miguel: “De la crisis económica y política española a una economía socialista descentralizada”, en: ÁLVAREZ RENDUELES, José Ramón; BOYER, Miguel; CABELLO DE ALBA, Rafael; CASTAÑÉ, José María; FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ, Fernando; JANÉ SOLÁ, José; KALDOR, Nicholas; LASUÉN, José Ramón; LEONTIEFF, Wassily; LEVINSON, Charles; MARTÍNEZ CORTINA, Rafael; RUBIO, Mariano; y TERCEIRO, José: *Consecuencias políticas del desarrollo económico. VII Semana Económica Internacional organizada por Mundo*, Barcelona, Dopesa, 1976, p. 169.

<sup>5</sup> A este sector público pertenecerían también los latifundios expropiados y colectivizados por el Estado.

gestores de todas las grandes y medianas compañías del país, arrebatadas de las manos del capital privado y socializadas por el poder público<sup>6</sup>. Por último, los socialistas pensaban que las pequeñas empresas familiares debían permanecer en el ámbito privado, pero, eso sí, debidamente «vigiladas» por el Estado, para que los «derechos y las condiciones» de sus trabajadores no fueran inferiores a los vigentes en los otros sectores económicos, el nacionalizado y el autogestionado<sup>7</sup>. A este sistema de autogestión económica se avanzaría a través de un programa de transición al socialismo en tres etapas, que debía ser cumplido, si fuera necesario, aplicando «las medidas de fuerza precisas para hacer respetar los derechos de la mayoría» sobre «los derechos adquiridos y las estructuras económicas de la sociedad burguesa»<sup>8</sup>.

Los socialistas españoles habían llegado a concebir semejante proyecto –acaso el más radical de toda su historia<sup>9</sup>– a través de lo que Felipe González definió como un proceso de «acumulación ideológica» que durante la larga «travesía del desierto» franquista había ido «sobrecargando» los presupuestos teóricos del partido<sup>10</sup>. Apenas seis años después, en octubre de 1982, el PSOE alcanzó, sin embargo, el poder político con un programa electoral (*Por el cambio*) moderado, «realista», y en el que ni rastro quedaba ya de aquel proyecto autogestionario que, de haberse aplicado, habría elevado a los socialistas españoles a la categoría de «inventores», por así decirlo, del primer modelo de construcción de «socialismo real» en el mundo. En 1982, por lo tanto, el PSOE, ya sin «modelo de repuesto» que fuese capaz de «mantener» la democracia y, al mismo tiempo, garantizar «unas mínimas condiciones de vida»<sup>11</sup>, se había limitado a ofrecer al pueblo español un proyecto «coherente» de gobierno que asumía «las esperanzas y las aspiraciones de la mayoría»: la lucha contra el desempleo, la mejora de la productividad, la modernización del país, la «racionalización de las relaciones industriales», la «elevación de los niveles tecnológico-organizativos»<sup>12</sup>.

---

<sup>6</sup> «Programa económico», en: GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso (ed.): *XXVII Congreso*, p. 210.

<sup>7</sup> *Ib.* pp. 209-211; BOYER SALVADOR, Miguel: «De la crisis económica y política española a una economía socialista descentralizada», pp. 169-176.

<sup>8</sup> «Resolución política», en: GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso (ed.): *XXVII Congreso*, p. 117.

<sup>9</sup> BUSTELO, Francisco: *La izquierda imperfecta. Memorias de un político frustrado*, Barcelona, Planeta, 1996, p. 108; Alfonso Guerra a BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el socialismo*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1996, p. 133.

<sup>10</sup> Entrevista de Julia Navarro a Felipe González, *Pueblo*, 17 de diciembre de 1977.

<sup>11</sup> MARAVALL, José María: «Problemas del socialismo en la nueva década», *El Socialista*, 20 de enero de 1980.

<sup>12</sup> *Por el cambio. Programa electoral*, s.l., Partido Socialista Obrero Español, 1982, pp. 5 y 6; «Un programa realista», *El Socialista*, 22 de septiembre de 1982.

Como explicó algún tiempo después Francisco Bustelo –uno de los partidarios más firmes de las reformas extremas en 1976–, en poco más de un lustro, el PSOE «pasó de ser el partido socialista más radical de la Europa occidental a ser el más moderado, sin saber muy bien el porqué de lo uno y de lo otro»<sup>13</sup>. Y este es, precisamente, el objetivo del trabajo de investigación que tienen ustedes en sus manos: intentar dilucidar el cuándo (se originó), el cómo y, si es posible, el porqué de ese proceso de radicalización –de «acumulación ideológica», en palabras de Felipe González– que el PSOE experimentó durante los últimos años del franquismo.

Desde el triunfo socialista en las elecciones generales de octubre de 1982, se han escrito millares de páginas en las que se describen con todo lujo de detalles las diferentes fases de renovación orgánica y estratégica transitadas por el partido y el sindicato desde el final de la guerra civil. En la mayoría de las publicaciones al respecto se ha puesto de relieve, explícita o implícitamente, la singularidad del doble proceso de radicalización y posterior moderación ideológica sufrido por el PSOE en poco más de una década y media (entre 1964 y 1981, aproximadamente). Son pocos, sin embargo, los autores que han intentado determinar cuáles fueron las causas, la naturaleza, el origen y los agentes desencadenantes de semejante proceso de radicalización, y menos aún los que han intentado averiguar qué motivó a sus actores principales a remover las relativamente tranquilas aguas «socialdemócratas» en las que había quedado estancado el PSOE a mediados de los años cincuenta, de qué métodos se sirvieron –si es que emplearon alguno conscientemente– para difundir sus ideas a través del entramado organizativo del partido o cuáles fueron los tiempos (la secuencia cronológica) de esa difusión.

Los mayores y más originales esfuerzos interpretativos en este campo se hicieron en la primera mitad de la década de 1990. Sus autores, un británico y tres españoles<sup>14</sup>, sentaron las bases de lo que, con el paso del tiempo, se ha convertido –metafóricamente hablando– en un «canon» historiográfico en torno a la evolución ideológica, la renovación orgánica y la transformación de las estrategias políticas adoptadas por la dirección socialista durante la dictadura franquista y la transición a la democracia<sup>15</sup>.

---

<sup>13</sup> BUSTELO, Francisco: *La izquierda imperfecta*, p. 129.

<sup>14</sup> Estos autores son Richard Gillespie, Santos Juliá, Abdón Mateos y Antonio García Santesmases.

<sup>15</sup> Esta especie de canon, a pesar de la uniformidad que presenta en muchos aspectos relevantes, no constituyó, no obstante, un todo homogéneo, ni siquiera en el campo –el historiográfico– en el que se han presentado las teorías más acabadas al respecto. Sobre las discrepancias entre Santos Juliá y Abdón Mateos en torno al concepto de «refundación» del PSOE en Suresnes, como ejemplo de la discontinuidad

Este «canon» ha sido tomado posteriormente por todos los investigadores –excepto en lo que se refiere a algunas cuestiones de detalle– de una forma más bien mecánica y casi siempre acrítica. Así, lo establecido por estos autores en los años noventa, especialmente por el que podríamos considerar con toda justicia el historiador de referencia del socialismo español, Santos Juliá, conformó una colosal plataforma interpretativa que, tal vez por esa misma razón, por ser colosal, ha actuado como elemento disuasivo para las siguientes generaciones de investigadores.

Es decir, en las dos décadas que siguieron a la publicación de estas obras<sup>16</sup>, en la mayoría de los estudios, tratasen exclusivamente o no de la evolución ideológica del PSOE, se han esgrimido uno tras otro, machaconamente, los mismos argumentos explicativos, se han repetido hasta la saciedad las mismas convenciones analíticas. Sus autores, en definitiva, han quedado atrapados en los mismos lugares comunes establecidos por la tradición –si puede llamarse así– inaugurada por Juliá, Gillespie, Mateos y Santesmases en la primera mitad de la década de 1990. De este modo, en vez de intentar avanzar críticamente hacia formas más acabadas de interpretación histórica, la mayoría de los investigadores actuales se han limitado –unas veces por miedo a desafiar las teorías establecidas por esos autores, otras por simple pereza intelectual– a convertir en dogmas los hallazgos historiográficos de sus predecesores.

Uno de los «dogmas» más persistentes, y que afecta más directamente a la parálisis interpretativa que estoy describiendo, es el que concibe la dictadura, en sí misma, como agente catalizador único o privilegiado del proceso de radicalización socialista. Desde que Felipe González y otros dirigentes del PSOE popularizaron los conceptos de «sobrecarga» y «acumulación ideológica» antes expuestos<sup>17</sup>, se ha difundido con tal

---

de criterios en algunos asuntos importantes dentro de este canon historiográfico del que hablo, véase el capítulo 16 de este trabajo.

<sup>16</sup> Las obras a las que me refiero son, por orden de publicación en español: JULIÁ, Santos: “The ideological conversion of the leaders of the PSOE”, en: LANNON, Frances; y PRESTON, Paul (eds.): *Elites and Power in Twentieth Century Spain*, Oxford, Clarendon Press, 1990; GILLESPIE, Richard: *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza Editorial, 1991 (1.ª ed. ingl. de 1989); MATEOS, Abdón: *El PSOE contra Franco. Continuidad y renovación del socialismo español, 1953-1974*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993 (versión abreviada y corregida de su tesis doctoral, defendida en octubre de 1990 en la UNED); GARCÍA SANTESMASES, Antonio: *Repensar la izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual*, Barcelona, Anthropos, 1993 (recopilación de artículos escritos entre 1983 y la fecha de publicación del libro); JULIÁ, Santos: *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1996.

<sup>17</sup> Declaraciones similares a las de Felipe González a finales de 1977 pueden encontrarse en: “El congreso del PSOE”, *El País*, 13 de diciembre de 1984; Felipe González a PREGO, Victoria: *Así se hizo la Transición*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995, p. 191; Alfonso Guerra y Nicolás Redondo a BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el socialismo*, pp. 132, 133 y 209; GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: *Cuando el tiempo nos alcanza. Memorias, 1940-1982*, Espasa Calpe, Madrid, 2004, p. 329;

éxito esta teoría, que incluso Abdón Mateos llega a afirmar en el epílogo de su documentado trabajo sobre el PSOE y la dictadura –contradiendo, en gran parte, la argumentación sólidamente sostenida en su medio millar de páginas– que «la debilidad orgánica [del partido], el aislamiento respecto a la sociedad y, en definitiva, la falta de perspectivas de derribar la dictadura empujaron al radicalismo»<sup>18</sup>. A esto, no obstante, se podía muy bien responder que la debilidad orgánica del PSOE, su aislamiento respecto a la sociedad española y la falta de perspectivas de derribar a Franco del poder no empujaron a los socialistas durante al menos las dos primeras décadas de dictadura a radicalismo alguno, y eso, a pesar –o tal vez a causa– de la desesperación producida en esos años entre la militancia por la represión y el exilio, especialmente cuando los dirigentes del partido comprendieron que las potencias victoriosas en la Segunda Guerra Mundial no estaban dispuestas a hacer nada para resolver el «problema español», a excepción de la puesta en escena en la Asamblea General de la ONU de algunas muestras verbales de condena al Régimen.

Más bien, en los años cuarenta y cincuenta ocurrió todo lo contrario<sup>19</sup>. Mientras el régimen surgido de la guerra civil fue saliendo del aislamiento al que había sido sometido por la comunidad internacional tras la victoria aliada en la Segunda Guerra mundial y se fue consolidando<sup>20</sup>, los socialistas –tanto del exilio como del interior– mantuvieron, cada vez con más convicción, una postura moderada respecto a la forma en que pensaban que debía afrontarse el derribo y el fin de la dictadura franquista, pero también respecto a su propio modo de concebir el socialismo y la democracia. Es más, la privación abrupta de libertad que los socialistas (y el resto de españoles) sufrieron con el triunfo del «bando nacional» en la guerra civil hizo que aquellos apreciaran y ansiasen, más que nunca, la que en otros tiempos habían denominado, despectivamente, democracia «formal» o «burguesa». Lejos ya el radicalismo revolucionario de los años treinta, en los cuarenta y cincuenta los socialistas llegaron a apelar para resolver el «problema español» incluso al «posibilismo monárquico», es decir, a la oportunidad de

---

Nicolás Redondo a REVERTE, Jorge M.: *Nicolás Redondo. Memoria Política*, Madrid, Temas de Hoy, 2008, p. 93.

<sup>18</sup> MATEOS, Abdón: *El PSOE contra Franco*, p. 461.

<sup>19</sup> Para la versión dada por dos socialistas «renovadores» (hijos de un veterano dirigente exiliado) sobre lo ocurrido en el interior del PSOE durante las décadas de 1940 y 1950, véase: MARTÍNEZ COBO, Carlos; y MARTÍNEZ COBO, José: *La primera renovación. Intrahistoria del PSOE*, vol. I (1939-1945), Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1989; y de los mismos autores: *¿República? ¿Monarquía? En busca del consenso. Intrahistoria del PSOE*, vol. II (1946-1954), Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1992.

<sup>20</sup> Véase, a este respecto: PORTERO, Florentino: *Franco aislado. La cuestión española (1945-1950)*, Madrid, Aguilar, 1989, p. 399 y ss.



que la democracia fuese restaurada en España a través de la constitución de una monarquía parlamentaria, encarnada en la figura del pretendiente Juan de Borbón.

Acaso tengamos que pensar –se afirmaba en el primer número de *Adelante*, el órgano de expresión del prietista Círculo Pablo Iglesias de México– si merece la pena arrojarse las consecuencias de una revolución por establecer la República capitalista o podemos y debemos conservar nuestras energías para trabajar solamente a favor de nuestras ideas, encuadrados en una monarquía constitucional y democrática<sup>21</sup>.

En todos los congresos celebrados por los socialistas en el exilio francés, desde el primero (1944) hasta el último (1974), estuvo presente una única obsesión: recuperar para el pueblo español la democracia, las libertades perdidas entre 1936 y 1939. Fue precisamente en las décadas de 1940 y 1950 cuando el PSOE comenzó a apreciar el valor de la democracia (burguesa), aunque no ya al modo tradicional –según la concibieron desde Pablo Iglesias hasta Francisco Largo Caballero, es decir, como un «instrumento» útil en su camino hacia el «objetivo último» del socialismo–, sino como un «fin» indisolublemente unido al destino del propio socialismo y, por lo tanto, como un valor absoluto, como un bien en sí mismo: «Sin libertad no hay socialismo. El Socialismo no puede realizarse sino en la democracia»<sup>22</sup>.

Este estado de cosas, sin embargo, empezó a cambiar a principios de la década de 1960, y lo hizo por algunos impulsos que al partido le llegaron desde el interior de España: desde la organización clandestina, reestructurada a partir de la caída de su sexta ejecutiva en 1953, pero, sobre todo, desde un grupo de jóvenes de «familias bien», socializados la mayor parte de ellos en las estructuras falangistas y educados todos en la Universidad franquista, que se coaligó en la primavera de 1956, tras los célebres sucesos estudiantiles de febrero de ese año, para constituir la Agrupación Socialista Universitaria (ASU). Y fue justamente este grupo de jóvenes universitarios, surgido

---

<sup>21</sup> «Hacia la monarquía española», *Adelante*, 2 de febrero de 1942. Para los contactos entre los miembros de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas (ANFD) y los monárquicos partidarios de la restauración de una monarquía parlamentaria en la figura de Juan de Borbón, véase el libro del dirigente anarquista Enrique Marco Nadal: *Todos contra Franco. La Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, 1944-1947*, Madrid, Queimada, 1982, pp. 155-66 y 189 y 216. Para la constitución y los primeros pasos de la ANFD, de la que formaban parte militantes clandestinos socialistas, ugetistas, cenetistas y republicanos, véase el libro de su primer presidente, Régulo Martínez: *Republicanos de catacumbas*, Madrid, Ediciones 99, 1977.

<sup>22</sup> «Nuestros vínculos internacionales», en: MARTÍNEZ COBO, Carlos; y MARTÍNEZ COBO, José (coords.): *Congresos del PSOE en el exilio, 1944-1955*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1981, vol. I, p. 306.

«por una suerte de generación espontánea, sin el menor concurso del PSOE exiliado, y unido «bajo un difuso sentimiento socialista», el verdadero foco originario de las tendencias radicales del socialismo español en los años sesenta y setenta<sup>23</sup>.

La mayoría de los investigadores actuales han ignorado por completo, sin embargo, la fundamental contribución de los dirigentes y militantes de la ASU a la radicalización socialista posterior y, lo que es aún más grave, han eludido el esfuerzo de tener que profundizar en las causas, las fuentes, los focos y los canales de difusión de ese espíritu de radicalismo promovido por esos jóvenes universitarios a partir de 1956, continuado por las Juventudes a partir de 1961 y perfeccionado –según veremos en la tercera parte de este trabajo– por la «escuela sevillana» de Felipe González y Alfonso Guerra desde 1969. Y han eludido este esfuerzo, bien acogidos de una forma dogmática, acrítica, al presupuesto teórico que concibe la dictadura, en sí misma, como explicación causal única o principal al origen de las ideas extremas defendidas por los dirigentes del PSOE a mediados de la década de 1970, o bien aludiendo, sin mayor explicación, a la influencia ejercida por las vanguardias izquierdistas europeas de los años sesenta en los socialistas españoles.

Pocos trabajos de investigación, en consecuencia, han intentado plantear en serio en las dos últimas décadas las preguntas elementales que, una vez formuladas y respondidas, quizá podrían haber proporcionado la base para ulteriores hipótesis explicativas sobre la naturaleza y los orígenes del asunto que aquí tratamos: qué significaba o qué entendían por socialismo los dirigentes y los militantes del PSOE de mediados de los años cincuenta a mediados de los setenta; qué diferencias establecían estos entre «su» concepción del socialismo y la que imaginaban que tenían los comunistas y los que, despectivamente, llamaban «socialdemócratas»; qué supuso, ideológicamente hablando, pero también para la práctica política, la adopción explícita del marxismo o de las teorías autogestionarias hecha por el partido en 1976; qué tipo o tipos de marxismo fueron tomados en consideración por las diferentes «corrientes de opinión» dentro del PSOE<sup>24</sup>.

---

<sup>23</sup> LIZCANO, Pablo: *La generación del 56. La Universidad contra Franco*, Barcelona, Grijalbo, 1981, pp. 180 y 182.

<sup>24</sup> Los escasísimos estudios que han intentado expresar y resolver algunas de estas preguntas elementales muestran bastante desconocimiento de la historia del socialismo en general y del PSOE en particular, han usado un número muy limitado de fuentes y, además, el tratamiento que han hecho de las mismas adolece de cierto descuido. Como muestra, véase el último trabajo publicado a este respecto: ANDRADE BLANCO, Juan Antonio: *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI, 2012.

La tarea que me he propuesto llevar a cabo, pues, en este trabajo es, para mí, todo un reto, historiográfico y vital, al que me he enfrentado, eso sí, con entusiasmo, con pasión, aunque con un formidable esfuerzo, con cierto desasosiego ante los riesgos (académicos) que iba a asumir y con no pocas dudas acerca de los resultados que podría obtener. Para afrontar este reto, además de haber consultado la ingente bibliografía existente, he revisitado y reinterpretado las fuentes ya utilizadas por otros autores anteriormente, he estudiando metódicamente todo vestigio documental relacionado con el objeto de mi investigación y he procurado explorar fuentes nuevas o abrir caminos no transitados por los historiadores del socialismo español a partir de cierta documentación que había sido ignorada, pasada por alto, estudiada de forma superficial o incluso desechada por puros prejuicios interpretativos.

Por ilustrar con un ejemplo concreto lo que acabo de decir, una lectura más atenta y sistemática de las propuestas doctrinales formuladas por los órganos directivos (centrales o locales) del PSOE, la UGT o las Juventudes a partir de 1955 me ha llevado a poner en cuestión las afirmaciones de algunos reputados historiadores, como Adolfo Fernández Pérez o Santos Juliá, cuando describen «la victoria de Llopiés en todos los frentes» o califican de «inmovilistas» las resoluciones políticas aprobadas en el IX Congreso (1964)<sup>25</sup>. En contra del parecer de estos autores y de la opinión general expresada por la historiografía en las últimas tres décadas, esta relectura cuidadosa de las fuentes me ha permitido comprender la importancia que el IX Congreso tuvo como punto de eclosión en el partido de un radicalismo ideológico de nuevo cuño, que habría de impregnar todas las resoluciones políticas adoptadas en las siguientes convenciones hasta al menos 1979 o incluso 1981 (con la excepción, irónicamente, del «congreso del renacimiento» de 1972 y del celebrado en Suresnes dos años después, tomado este último equivocadamente por los investigadores como epítome de todas las tendencias radicales que confluyeron en el PSOE durante los años setenta)<sup>26</sup>.

Por otra parte, un uso meticuloso (y crítico) de los libros de memorias aparecidos en los últimos veinte años<sup>27</sup>, la realización de entrevistas a destacados dirigentes socialistas

---

<sup>25</sup> FERNÁNDEZ PÉREZ, Adolfo: *José Barreiro García. Intelectual y dirigente socialista*, Oviedo, Fundación José Barreiro, 2000, vol. I, p. 212; JULIÁ, Santos: *Los socialistas en la política española*, p. 390.

<sup>26</sup> Para un análisis de las resoluciones políticas aprobadas en estos dos congresos, muy moderadas, sobre todo, si se las compara con las planteadas en los tres congresos anteriores (los de los años 1964, 1967 y 1970), véanse los capítulos 14 y 16 de este trabajo.

<sup>27</sup> Las memorias que he podido consultar, y a las que no tuvieron acceso Gillespie, Juliá, Mateos y García Santesmases cuando escribieron sus obras «clásicas» sobre el PSOE, porque la mayor parte de ellas todavía no se habían publicado, son las de Francisco Román (1992), Francisco Bustelo (1996),

(de diferentes sectores o corrientes internas) y la minuciosa revisión de folletos y escritos doctrinales de toda índole<sup>28</sup>, que habían pasado desapercibidos para los investigadores o a los que no se había dado la suficiente importancia<sup>29</sup>, me han dado una perspectiva nueva, a veces diametralmente opuesta a lo establecido en ese «canon» historiográfico del que antes hablaba respecto a los orígenes, las características, los agentes y las vías de difusión de aquel radicalismo de nuevo cuño inaugurado por los militantes de la Agrupación Socialista Universitaria en 1956 y desplegado como tendencia dominante en el PSOE entre su noveno y undécimo congresos.

A partir, por lo tanto, de estas fuentes y de estos presupuestos, he estructurado el presente trabajo en cuatro partes (más un epílogo y unas conclusiones), de acuerdo a la siguiente secuencia cronológica. Desde mediados de la década de 1950, comenzaron a transformarse y reconstruirse las estructuras del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, tanto las de la organización clandestina del interior como las del exilio. De esta reconstrucción surgieron algunas interesantes figuras socialistas en la

---

Felipe González (1997-2010), Joaquín Almunia (2001), Alfonso Guerra (2004-2013), Manuel Fernández-Montesinos (2008), José Martínez Cobo (2009), José Federico de Carvajal (2010) y Joaquín Leguina (2012). También me han sido de gran utilidad los muchos artículos y testimonios de dirigentes socialistas aparecidos después de 1996 en periódicos, revistas, publicaciones colectivas, etc. Véase al final de este trabajo la nómina de estas publicaciones periódicas. Asimismo, he tenido en cuenta los escritos de dirigentes socialistas europeos y también de españoles que en esos momentos no militaban en el PSOE: Willy Brandt, Mário Soares, François Mitterrand, Joan Reventós, Enrique Tierno Galván o Raúl Morodo, entre otros. Igualmente, me han sido muy útiles los libros de memorias de dirigentes españoles de otros partidos y sindicatos, pertenecientes o no a la izquierda: Santiago Carrillo, Ramón Tamames, Julio Diamante, Javier Pradera, Manuel Azcárate, José María de Areilza, Manuel Fraga, Miguel Herrero de Miñón, Laureano López Rodó, Antonio Menchaca, Manuel Ortiz, Alfonso Osorio, José Manuel Otero Novas, Dionisio Ridruejo, Salvador Sánchez-Terán, etc.

<sup>28</sup> Me ha sido de gran ayuda el estudio de libros o artículos doctrinales y teóricos, programas, folletos y escritos varios firmados por dirigentes socialistas (españoles y europeos) que no habían sido consultados anteriormente o se había hecho dicha consulta de forma muy deficiente. En este sentido, por poner algunos ejemplos, han sido determinantes en mi interpretación textos escritos entre 1956 y 1961 por los miembros de las dos primeras generaciones de socialistas universitarios: Miguel Boyer, Luis Gómez Llorente, Miguel Sánchez-Mazas, Vicente Girbau. Del mismo modo, para comprender y ubicar en el contexto europeo el tipo de socialismo propugnado por el PSOE a lo largo de una década y media de proceso radicalizador y un lustro de reversión de tal proceso, me han sido de suma utilidad los escritos, bien fuesen doctrinales, bien analíticos, de algunos destacados socialistas europeos: Norberto Bobbio, Lelio Basso, Bruno Kreisky, Rudolf Meidner, Bruno Friedrich, Olof Palme, Jean Pierre-Cot, Pierre Rosanvallon, Edmond Maire, Pierre Guidoni, Anthony Crosland, etc.

<sup>29</sup> En este sentido, la documentación generada por los fundadores de la ASU y sus continuadores nunca había sido revisada sino de un modo superficial, casi anecdótico. Y esto ha sido así, sobre todo, porque todos los investigadores, cegados por el mito de la dictadura como agente radicalizador único o principal de los presupuestos ideológicos del PSOE, no han prestado la conveniente atención a los escritos de los jóvenes socialistas universitarios; como tampoco se han tomado suficientemente en serio, salvando algunas honrosas excepciones, los documentos generados por las Juventudes, deudores, sin lugar a duda, de las ideas de la ASU. Esta es la razón, por otra parte, por la cual se ha pasado por alto la abrupta conversión al radicalismo político de las Juventudes del PSOE en el VI Pleno de 1961, hecho que, andando el tiempo, y según los jóvenes se fueron haciendo mayores, se fueron integrando en las estructuras del partido y adquirieron responsabilidades en sus federaciones y secciones, sería vital para comprender la extensión de presupuestos maximalistas a todo lo ancho del movimiento socialista.

clandestinidad: Antonio Amat, Antonio Villar, Francisco Román. En 1956 se constituyó la Agrupación Socialista Universitaria, de una forma absolutamente independiente (sin conocimiento ni intervención alguna) del PSOE y a partir de una interpretación radical de la tradición marxista y socialista. Desde el comienzo, estos jóvenes socialistas universitarios buscaron el contacto con el PSOE, aunque intentando mantener su autonomía. Entre 1957 y 1961, los más importantes dirigentes de la ASU (Miguel Sánchez-Mazas, Vicente Girbau, Francisco Bustelo) salieron de España e ingresaron en las diferentes secciones del PSOE en el exilio. Desde estas secciones (en Ginebra, en Londres, en París), los jóvenes socialistas universitarios fueron contagiando, sobre todo a las Juventudes, ese nuevo espíritu radical. (Capítulos 1 a 8).

En 1961 dirigentes de la segunda generación de la ASU (Luis Gómez Llorente, Miguel Ángel Martínez) y alguna de esas figuras surgidas en la clandestinidad a mediados de los cincuenta (como Antonio Amat) se aliaron para presentar al VIII Congreso del PSOE en el exilio una ponencia política basada en esa interpretación radical del socialismo. La ponencia fue abrumadoramente rechazada por el Congreso: únicamente ocho delegados votaron a favor. (Capítulo 9). Unos meses antes, las Juventudes Socialistas –hasta ese momento absolutamente sumisas a los dictados del partido– aprobaron en su IV Pleno una resolución política basada en los presupuestos de la ASU, que contradecía, desde todos los puntos de vista (el estratégico, el organizativo, el ideológico), lo establecido por los congresos del PSOE hasta entonces. Además, a partir de este IV Pleno, las Juventudes emprendieron una labor consciente de difusión de esta interpretación radical del socialismo entre las diferentes secciones del PSOE exiliado. Fue tan exitosa esta labor que en 1964 el IX Congreso del PSOE dio un vuelco, desde el punto de vista ideológico, a la situación vivida en el partido en los últimos veinticinco años. En contra de lo que se ha venido diciendo en la historiografía reciente –ya lo hemos mencionado anteriormente–, este congreso supuso, como el IV Pleno de las Juventudes, la eclosión del nuevo radicalismo iniciado por los jóvenes socialistas universitarios en 1956. (Capítulos 10 y 11).

A partir de 1964, por lo tanto, los congresos socialistas volvieron a aprobar resoluciones en las que de nuevo eran protagonistas o aparecían con profusión palabras como revolución, democracia económica, planificación socialista, colectivización, socialización, nacionalización de los medios de producción..., y en las que la democracia liberal volvía a concebirse como un simple instrumento en manos del PSOE para alcanzar, en su día, el verdadero fin último del socialismo. A finales de los sesenta,

con la irrupción del grupo sevillano, comandado por Felipe González y Alfonso Guerra, la radicalización ideológica del PSOE dio un nuevo giro hacia la izquierda. Este nuevo giro hacia la izquierda en los presupuestos ideológicos socialistas, combinado con una habilidosa praxis política por parte de los líderes más conspicuos del partido, culminó, según hemos visto, en 1976, con la asunción del proyecto autogestionario por el XXVII Congreso. (Capítulos 12 a 20). Desde entonces y hasta la victoria electoral de octubre de 1982, el PSOE sufrió un proceso acelerado de reversión ideológica, que desplazó al partido del margen izquierdo de la Internacional Socialista, en el que se encontraba a mediados de los setenta, al extremo opuesto. (Epílogo). En las conclusiones de este trabajo, por fin, intento dar una explicación plausible al doble proceso de radicalización y moderación sufrido por el PSOE entre mediados de los años sesenta y principios de los ochenta.

## CONCLUSIÓN

### La «invención» del socialismo

*El marxismo ha de asumir el riesgo de definir la libertad de tal modo que se haga consciente y se perciba como algo que en ningún lugar subsiste aún ni ha subsistido. Y precisamente porque las posibilidades llamadas utópicas no son en absoluto utópicas, sino negación histórico-social determinada de lo existente, la toma de conciencia de esas posibilidades y la toma de conciencia de las fuerzas que las impiden y las niegan exigen de nosotros una oposición muy realista, muy pragmática. Una oposición libre de toda ilusión, pero también de todo derrotismo, el cual traiciona ya por su mera existencia las posibilidades de la libertad en beneficio de lo existente.*

Herbert Marcuse<sup>30</sup>.

*He creído en la libertad y en la igualdad de todos los seres humanos. He sido también relativista. [...] Aún me pregunto si fallamos en crear la atmósfera moral que necesitaba el país, el gusto por el trabajo bien hecho, el compromiso con el ser más que con el tener. [...] La lección que se puede extraer de una larga vida política es, como diría Jack Lang, que «la política no es nada si no está apoyada por una visión y por una ética de la convicción».*

Alfonso Guerra<sup>31</sup>.

*Ser hoy de izquierdas es [...] gobernar en un momento en el que tiene uno que optar entre inventar el futuro para que la derecha gobierne el presente o gobernar el presente para construir el futuro.*

Felipe González<sup>32</sup>.

«La obsesión de todo exiliado es volver»<sup>33</sup>. El caso de los socialistas españoles expatriados después de la guerra civil en Francia, Bélgica, Suiza, Argelia, Marruecos, México, Chile, Argentina..., no fue una excepción. Su obsesión, tras la salida forzosa de España, fue regresar a ella; pero hacerlo en las mejores condiciones posibles. Es decir, regresar a una España «liberada del yugo franco-falangista», una España

---

<sup>30</sup> MARCUSE, Herbert: *El final de la utopía*, p. 17.

<sup>31</sup> GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: *Una página difícil de arrancar. Memorias de un socialista sin fisuras*, Barcelona, Planeta, 2013, pp. 15 y 16.

<sup>32</sup> *El País*, 4 de diciembre de 1988; citado en: VIZCAÍNO CASAS, Fernando: *El señor de los bonsáis. Un curriculum (con perdón) político y personal de don Felipe González*, Madrid, Temas de Hoy, 1991, p. 71.

<sup>33</sup> ROA BASTOS, Augusto: *El fiscal*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1993, p. 14.

democrática. Añoraban su patria, extraviada en manos de la dictadura «fascista, burguesa-terrateniente»<sup>34</sup>, y añoraban —¡qué ironía!— aquellas libertades «burguesas», aquella democracia «formal», ahora perdida, que años antes, con una mueca de desprecio, habían aceptado de un modo puramente «instrumental» como paso previo a un régimen de democracia «superior», de democracia socialista.

Los largos años de clandestinidad y expatriación habían engendrado en la conciencia de los socialistas exiliados y en la de los que habían permanecido en el interior de España —lo advirtió Rodolfo Llopis en 1955— «nuevas mentalidades». En la dura postguerra, los dirigentes del PSOE fueron moderando sus presupuestos teóricos y sus posiciones tácticas (incluso hasta llegar a verse tentados por el «posibilismo monárquico» como vía más directa hacia el retorno de la democracia en España), al mismo tiempo que fueron dejando a un lado, junto a las viejas rencillas entre diversas facciones socialistas (negrinistas, largocaballeristas, prietistas, besteristas), las «ensoñaciones» revolucionarias en las que un partido formado sustancialmente por obreros guiaría a las masas proletarias hacia su liberación. Durante las décadas de 1940 y 1950, los socialistas españoles (exiliados y clandestinos) habían tomado clara conciencia del valor que las «libertades burguesas» representaban para la «salvación» de la sociedad española en su conjunto y de los trabajadores en particular.

La democracia liberal, en otro tiempo denostada por los socialistas como un sistema político puramente «formal», se convirtió, así, en un bien en sí mismo por el que valía la pena luchar, en un valor absoluto, en el objetivo fundamental, ahora inextricablemente unido al destino del socialismo: «Sin libertad no hay socialismo»<sup>35</sup>. Los socialistas españoles habían llegado en 1961 a la convicción, suscribiendo las «prometedoras frases» que el nuevo presidente demócrata de los Estados Unidos —John Fitzgerald Kennedy— pronunció en el discurso inaugural de su mandato, de que, por «asegurar la preservación y el triunfo de la libertad», estaban dispuestos a «pagar cualquier precio», a «soportar cualquier carga», a «enfrentarse con cualquier penalidad»<sup>36</sup>. Esta «actitud»

---

<sup>34</sup> “Declaraciones de Pascual Tomás”, *El Socialista*, 6 de junio de 1961; “Discurso de Manuel Albar” en el II Congreso del PSOE en el exilio (1946), en MARTÍNEZ COBO, Carlos; y MARTÍNEZ COBO, José (coords.): *Congresos del PSOE en el exilio*, vol. I, p. 43.

<sup>35</sup> “Nuestros vínculos internacionales”, en: MARTÍNEZ COBO, Carlos; y MARTÍNEZ COBO, José (coords.): *Congresos del PSOE en el exilio, 1944-1955*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1981, vol. I, p. 306.

<sup>36</sup> “Tomemos nota. Palabras del Presidente Kennedy”, *El Socialista*, 6 de abril de 1961.



fue «ratificada íntegramente una vez más» en el congreso —el octavo de los del exilio— que el PSOE celebró ese año en Puteaux<sup>37</sup>.

Tres años después, sin embargo, los delegados enviados al IX Congreso encontraron «motivos» que les «aconsejaban modificar su actitud» respecto al anterior. En 1964, cuando se celebraban los «veinticinco años de paz» del *Caudillo*, los socialistas volvieron a recordar que, aunque la «democracia política» podía y debía ser «aspiración de todos los españoles», la «democracia económica» era, en realidad, la «lógica aspiración obrera». «Para estabilizar un régimen democrático —se advertía en la resolución aprobada por la asamblea— no es suficiente una etiqueta política», a no ser, claro, que esta etiqueta política (la democracia formal) se «acompañase» de un plan radical de «reformas estructurales»<sup>38</sup>. De nuevo, los socialistas españoles tomaban la democracia liberal como un simple estadio intermedio, un mero instrumento con el que alcanzar la «verdadera» democracia, la socialista.

¿Por qué este cambio de «actitud»? ¿De dónde había surgido este renovado impulso radical? En su origen, según hemos visto, desde afuera de los márgenes del PSOE. Sus promotores fueron un pequeño grupo de jóvenes pertenecientes a la «burguesía acomodada, media y alta», «amorosamente formados en las aberrantes consignas» de un régimen que les había «mimado hasta el límite del ridículo», «sin experiencia directa de la guerra civil» y la República, la mayor parte de ellos políticamente «autodidactas», y que habían salido del «ensimismamiento absurdo» en el que vivían a través de un viaje iniciático de autoafirmación, de «búsqueda de la propia identidad», que les llevó en la primavera de 1956 a «entusiasmarse», en una España falta de libertad, con el marxismo<sup>39</sup>.

El marxismo de los fundadores de la Agrupación Socialista Universitaria no se correspondía exactamente, claro, con el de la ortodoxia *pablista* o la *kautskiana* de la Segunda Internacional (y mucho menos con el de la leninista), pese a que, como el de aquellas, se tratara también de un marxismo «superficial» y dogmático<sup>40</sup>. El de los

---

<sup>37</sup> “Resolución política. Ante España. el Partido Socialista ratifica su actitud”, en: MARTÍNEZ COBO, Carlos; y MARTÍNEZ COBO, José (coords.): *Congresos del PSOE*, vol. II, p. 74.

<sup>38</sup> “Resolución política”, en: MARTÍNEZ COBO, Carlos; y MARTÍNEZ COBO, José (coords.): *Congresos del PSOE*, vol. II, p. 106.

<sup>39</sup> LIZCANO, Pablo: *La generación del 56*, p. 180; MORODO, Raúl: *Atando cabos*, pp. 407 y 408; SÁNCHEZ-MAZAS, Miguel: “Febrero de 1956. El primer desafío al Régimen”, p. 43; del mismo autor: *La actual crisis española*, p. 17; PRADERA, Javier: “Memorias y recuerdos”, en JULIÁ, Santos: *Camarada Javier Pradera*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2012, p. 162; PARÍS, Carlos: *El rapto de la cultura*, p. 20; TIerno GALVÁN, Enrique: *Cabos sueltos*, pp. 114 y 115; BUSTELO, Francisco: *La izquierda imperfecta*, pp. 18 y 19.

<sup>40</sup> *Ib.*, p. 20.

jóvenes socialistas universitarios era, más bien, un marxismo instintivo, casi irreflexivo, que destilaba un aroma de vitalidad, a veces cercano a lo irracional (aunque sus defensores lo presentasen como el método «científico» más acabado de análisis de la realidad social y política). Al viejo maestro Llopis, «psicólogo muy fino»<sup>41</sup>, no le falló la intuición cuando, antes siquiera de producirse los célebres sucesos estudiantiles de febrero de 1956, auguró en el VI Congreso del PSOE que una nueva generación de españoles estaban descubriendo el socialismo (el marxismo) como «sistema», pero también como «estilo de vida», como «civilización»<sup>42</sup>.

No obstante, por superficial e instintivo que el marxismo de los jóvenes socialistas universitarios fuera, no dejó de desempeñar un papel fundamental en la conformación de una alternativa a la sociedad en la que vivían y que tan poco les «satisfacía»<sup>43</sup>. El marxismo —«sustituto de la religión» que habían «perdido»— «desveló», pues, a los jóvenes *asuistas* una teoría «infalible» para entender y cambiar el mundo. Así descubrieron la existencia de las clases sociales, «más allá de los individuos», el sometimiento inconsciente de las sociedades —de la humanidad alienada— a unas estructuras económicas «determinadas», el conocimiento de unas «formas de quehacer político» que, aplicadas a la dictadura (fascista o comunista) o a la democracia (burguesa y liberal), les permitía «un entendimiento distinto de una situación opresora y agobiante». El hallazgo del marxismo permitió, además, a unos jóvenes que «vivían en sociedades divorciadas de su pasado» dotarse de unas señas de identidad propias, diferenciadas de las de sus mayores, al tiempo que les proporcionó un «canon», es decir, un «método abstracto de conocimiento» de la realidad y un «instrumento de acción» para cambiar esa realidad<sup>44</sup>.

¿Dónde habían adquirido estos extremistas políticos sus principios ideológicos y sus imperativos éticos? Paradójicamente, en la propia casa paterna, en el seno de aquella sociedad que despreciaban, en la atmósfera sofocante de aquella Universidad que les oprimía. Los jóvenes radicales neosocialistas eran un producto político directo del medio en el que vivían. En realidad, su proceso de radicalización no suponía la adquisición de nuevos valores, sino «el compromiso de trasladar los principios morales

---

<sup>41</sup> MARTÍNEZ COBO, José: *Recuerdos fraternales*, p. 158.

<sup>42</sup> «Importante discurso de Rodolfo Llopis», en MARTÍNEZ COBO, Carlos; y MARTÍNEZ COBO, José (coords.): *Congresos del PSOE*, vol. I, pp. 289 y 292.

<sup>43</sup> *Ib.*, p. 13.

<sup>44</sup> HOBBSAWM, Eric: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 2002 (3.ª ed.), p. 330; MÚGICA HERZOG, Enrique: *Itinerario hacia la libertad*, p. 24.

de sus padres al terreno de la realidad política»<sup>45</sup>. Lo que diferenció a los líderes *asuistas* de sus mayores es que se tomaron en serio los principios que estos habían sido incapaces de llevar a la práctica (ni durante la República, ni después, tras la guerra civil), las promesas de igualdad y libertad, proviniesen estas del sueño revolucionario marxista (socialista o comunista) y del liberal-republicano (como en los casos de Ramón Moliner o los hermanos Bustelo), o proviniesen de aquella «revolución pendiente» del falangismo que empapó las conciencias de los Sánchez-Mazas, los Pradera o los Girbau.

Estos jóvenes pensaban que sus mayores habían traicionado sus propios ideales –en lo que después los *hippies* llamaron un «viaje fantástico del ego»– a cambio de prestigio y poder, o simplemente a cambio de paz y confort. Los hombres que, tras combatir a muerte en la guerra civil, debieron seguir luchando por cambiar las estructuras de la sociedad (fuera o dentro de España), se habían dejado atrapar, en última instancia, por esas mismas estructuras; en una palabra, se habían «aburguesado». Y este pensamiento igualmente podía aplicarse a los jefes franco-falangistas vencedores en la guerra que a los dirigentes socialistas exiliados, igual a los dictadores comunistas y fascistas (Stalin, Franco, Jrushchov, Mao) que a la gerontocracia dirigente del «mundo libre» (Adenauer, De Gaulle, Churchill, Eisenhower)<sup>46</sup>.

A los jóvenes socialistas universitarios, aunque proviniesen de orígenes políticos muy diferentes, incluso antagónicos, les unió, sin embargo, en la primavera de 1956 la fe en que otra España era posible (y necesaria), más allá de los alineamientos políticos desarrollados antes y después del golpe de Estado de julio del treinta y seis. A unos y a otros les unía, además, la convicción de que las formas de pensamiento surgidas en la modernidad estaban ya superadas y agotadas, por lo menos, tal y como se habían planteado en los años treinta. El fascismo había sido derrotado (y desenmascarado), el socialismo de la URSS se había revelado como un sistema de despotismo brutal, la socialdemocracia restaurada en la postguerra mundial había caído en el desprestigio a causa de su alianza con los capitalistas, los líderes del movimiento obrero se estaban aburguesando a marchas forzadas; y como corolario, la democracia liberal-parlamentaria era percibida por los jóvenes socialistas como un sistema «limitado», sometido a un conjunto de reglas puramente técnicas que ocultaban la realidad política y

---

<sup>45</sup> CANTOR, Norman F.: *La era de la protesta. Oposición y rebeldía en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 1973, p. 345; MIGUEL, Amando de: *Los intelectuales bonitos*, Barcelona, Planeta, 1980, pp. 99 y 100.

<sup>46</sup> *Ib.*, p. 347; HOBSBAWM, Eric: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, p. 327.

social subyacente, basada en el dominio absoluto de la «lógica del mercado» y el crecimiento de un «nuevo autoritarismo», apenas encubierto, «propiciado por el anticomunismo oficial» y la tecnocracia capitalista<sup>47</sup>.

Contra esto se rebelaron, pues, los jóvenes socialistas universitarios en 1956 y las Juventudes del PSOE desde 1961. Contra el delito de lesa majestad que sus mayores habían cometido contra sus propios ideales. Alfonso Guerra lo expresó perfectamente en 1972, en el artículo que precipitó la escisión del PSOE: «Los socialistas tienen pues una doble tarea que desarrollar: la lucha contra el sistema capitalista que los oprime, y la lucha contra ciertas estructuras de su propia organización que amenazan con la esterilización de sus acciones<sup>48</sup>. He ahí la razón principal por la que todos los socialistas «renovadores» –primero los *asuistas* y los líderes juveniles influidos por ellos, después los sevillanos y sus aliados– se obsesionaron con un regreso a las raíces doctrinales del socialismo y a los orígenes marxistas del PSOE. Se sentían defraudados, traicionados, por sus padres políticos, y buscaron, románticamente, en sus abuelos –por así decirlo– la pureza ideológica y moral perdida<sup>49</sup>. Sin embargo, este regreso al pasado –lo hemos visto– no significó la restauración de las marchitas esencias *pablistas*, que ponían el acento en la pureza proletaria y la inevitabilidad del derrumbe del sistema capitalista, engullido por sus propias contradicciones.

Por el contrario, los jóvenes «renovadores» del PSOE, conscientes de que no había «modelos que copiar», porque, hasta la fecha, no se «había dado ningún modelo de construcción de socialismo en el mundo», sintieron un irrefrenable impulso de «reinventar» el socialismo<sup>50</sup>. Y lo intentaron, eso sí, desde «la reconsideración de aquel pasado que todavía obraba en el presente», buscando ser legitimados por aquella misma tradición que había sido adulterada –pensaban– por sus mayores, pero a partir de un proyecto de reformas radicales (revolucionarias) que tenía la pretensión de rectificar los errores cometidos por estos poniendo en pie «un socialismo tan distante de las

---

<sup>47</sup> *Nuestro pensamiento*, I: *Informe sobre la situación de la clase trabajadora en España*, JSE, s.l., 1961, p. 14; MORODO, Raúl: *Por una sociedad democrática y progresista*, Madrid, Ediciones Turner, 1982, p. 33; FERRARY, Álvaro: “Las transformaciones culturales tras la Segunda Guerra Mundial: nuevos prismas, nuevas perspectivas”, en: PAREDES, Javier (coord.): *Historia universal contemporánea*, vol. II: *De la Primera Guerra Mundial a nuestros días*, Barcelona, Ariel, 1999, p. 268; SASSOON, Donald: “Política”; y KÖRNER, Axel: “Cultura”, en: FULBROOK, Mary (ed.): *Historia de Europa Oxford. Europa desde 1945*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 45 y 192.

<sup>48</sup> “Los enfoques de la praxis”, *El Socialista* (del interior), mayo de 1972.

<sup>49</sup> «Los jóvenes se afirman –explicó Tierno Galván en 1976– como la negación total de sus padres. En la sociedad paternalista española el padre de las clases superiores es el símbolo de “lo que ha fallado”»; TIERNO GALVÁN, Enrique: *España y el socialismo*, Madrid, Ediciones Tucar, 1976, p. 130.

<sup>50</sup> GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: “El Parlamento marcha a paso de elefante”, p. 17.

posiciones socialdemócratas como del centralismo burocrático de los países del Este»<sup>51</sup>. De este modo, «las formas de democracia socialista» que propugnaron los jóvenes «renovadores» del PSOE tuvieron en cuenta tanto los fracasos del llamado «socialismo real» como los de «los regímenes liberal-parlamentarios»<sup>52</sup>. A los socialistas radicales no les bastaba ahora con actuar dentro de los límites de la democracia «formal», como habían deseado durante décadas los veteranos dirigentes exiliados. Necesitaban ensanchar esos límites, replanteando el concepto mismo de «libertades políticas» hasta lograr extender la práctica democrática a todos los terrenos de la existencia: el económico, el social, el cultural, el educativo.

En consecuencia con este pensamiento, todas las propuestas e iniciativas de renovación lanzadas entre 1956 y 1970 por los *asuistas* (en solitario o en colaboración con los partidarios de Antonio Amat) y por sus continuadores quedaron marcadas por este espíritu de regeneración democrática radical. Todas ellas, sin embargo, fracasaron (excepto en lo que se refiere a la reestructuración organizativa de las Juventudes), bien por haber sido propuestas demasiado pronto o de una forma dispersa, bien por presentar un radicalismo –más que excesivo– ingenuo, o bien por carecer de consistencia política y rebosar ambigüedad doctrinal. Únicamente cuando la situación dentro del PSOE estuvo lo suficientemente madura, es decir, cuando el nuevo espíritu inaugurado por los *asuistas*, continuado por las Juventudes y perfeccionado por los sevillanos, se fue difundiendo por las diferentes federaciones del partido en el interior y las sección del exterior, hasta alcanzar el sentir general de la militancia socialista (incluido el de muchos veteranos, que hicieron causa común con los jóvenes), se pudo abrir brecha en el muro del «fortín» pacientemente levantado durante los largos años de exilio por la ejecutiva de Toulouse<sup>53</sup>.

Con todo, la renovación emprendida por los socialistas en 1972, en «el congreso del renacimiento», no pudo ser verdaderamente completada hasta diciembre de 1976, o, según cómo se mire, hasta pasadas las elecciones de junio de 1977, o hasta haber superado la «polémica marxismo sí, marxismo no» de 1979, o incluso hasta la celebración en 1981 del «*Bad Godesberg* español» (el XXIX Congreso)<sup>54</sup>. Entre uno y otro año (entre 1972 y 1977, o entre 1972 y 1981, como se prefiera), una ejecutiva

---

<sup>51</sup> GÓMEZ LLORENTE, Luis: *Aproximación a la historia del socialismo español (hasta 1921)*, p. 8; «Historia del PSOE X. La renovación socialista», *El Socialista*, 10-25 de octubre de 1976.

<sup>52</sup> *Nuestro pensamiento*, I: *Informe sobre la situación de la clase trabajadora en España*, JSE, s.l., 1961, p. 14.

<sup>53</sup> TIERNO GALVÁN, Enrique: *Cabos sueltos*, p. 136.

<sup>54</sup> SHARE, Donald: *Dilemmas of Social Democracy*, p. 60.

colegiada y, después, tras Suresnes, otra comandada por Felipe González como primer secretario se dejó llevar por un «carrusel» contradictorio –entonces lo llamaron «dialéctico»– de ambigüedades tácticas y confusión ideológica, de «verbalismo revolucionario y de hechos moderados, de imágenes caballeristas y comportamientos prietistas, de banderas republicanas y visitas a La Zarzuela, de marxismo teórico y socialdemocracia práctica»<sup>55</sup>.

El escenario únicamente se clarificó cuando los dirigentes socialistas renovadores lograron desprenderse de toda la «sobrecarga» ideológica acumulada por el PSOE desde principios o mediados de los años sesenta, o, según Felipe González, cuando el partido y sus dirigentes alcanzaron la suficiente madurez política<sup>56</sup>. Mientras tanto, esta falta de madurez del Partido Socialista (en todos los órdenes) se suplió con el «mucho liderazgo» del secretario general.

Ese hiperliderazgo se producía –a la vez como causa y como efecto– en un partido poco hecho ideológicamente. Ningún partido político es un centro de sabiduría y reflexión, pero el PSOE de los años setenta, e incluso de los ochenta, batía todos los récords en lo que se refiere a mantener de labios para afuera posiciones radicales, más bien superficiales, y de carecer de ideas claras sobre lo que había que hacer en el país, excepción hecha, claro es, de lo más evidente, como recuperar la democracia y consolidarla<sup>57</sup>.

Y el reactivo de maduración, la bisagra de giro –de «giro a la derecha», según los «críticos»<sup>58</sup>– fue, irónicamente, el instrumento que más había radicalizado las posiciones políticas del partido, aquel proyecto autogestionario tomado como base para la construcción («invención») de «un modelo nuevo» de socialismo (y de democracia), «no implantado aún en ningún país»<sup>59</sup>. A través de la autogestión, los renovadores del PSOE buscaron tender un puente entre la reinterpretación hecha por los sevillanos de los escritos de Luxemburgo, Gramsci, Marcuse o del joven Marx, las ideas de democracia radical propugnadas por las nuevas corrientes de la izquierda europea y

---

<sup>55</sup> “La crisis de identidad del PSOE”, *El País*, 1 de junio de 1977.

<sup>56</sup> CLAUDÍN, Fernando: “Entrevista con Felipe González”, *Zona Abierta*, n.º 20, 1979, p. 8; CEBRIÁN, Juan Luis: “El socialismo no es solo de la clase obrera”, entrevista a Felipe González en *El País*, 14 de junio de 1979.

<sup>57</sup> BUSTELO, Francisco: *La izquierda imperfecta*, p. 128 y 129; CASTELLANO, Pablo: “La desideologización”, *El Socialista*, 12 de mayo de 1980.

<sup>58</sup> “Manifiesto del grupo Bustelo-Gómez Llorente-Castellano”, *El Socialista*, 19 de agosto de 1979.

<sup>59</sup> “Programa de transición”, en: GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso (ed.): *XXVII Congreso*, p. 159.

americana, y algunas viejas aspiraciones del movimiento obrero decimonónico que habían quedado reducidas a «letra muerta» tras constatarse en la postguerra mundial la aberración comunista y consumarse la traición socialdemócrata: «La apropiación de la producción por los productores, la gestión obrera de la producción, la extinción del Estado, la sustitución del gobierno de los hombres por la administración de las cosas»<sup>60</sup>.

Como la autogestión yugoslava, caracterizada muy ingeniosamente por Denninson Rusinow como un «socialismo de *laissez-faire*» (en contraposición al «socialismo de Estado» de la Unión Soviética), el sistema autogestionario de descentralización y planificación propuesto por el PSOE en 1976 suponía la aceptación –bajo ciertos controles administrativos– del mercado capitalista por parte de los socialistas<sup>61</sup>. (Las decisiones serían tomadas en cada empresa, al menos en teoría, por los trabajadores mismos. Esto implicaría, según pensaban ingenuamente los dirigentes del PSOE, que los trabajadores, ahora también gestores, estarían dispuestos, ante los incentivos que les ofrecía el juego del mercado libre, a moderar sus salarios para hacer más competitivos sus productos e inyectar flexibilidad suficiente a un sistema económico que sería capaz de superarse a sí mismo sin tener que pasar por el trauma de las crisis cíclicas descritas por Marx en *El capital*<sup>62</sup>). La autogestión, vista así, sirvió como palanca de cambio entre una concepción estatalista de la economía –grabada a fuego en la tradición socialista– y otra descentralizada y dominada por la libre competencia, y preparó las mentes de los socialistas españoles –como antes había ocurrido en la Yugoslavia del mariscal Tito, a pesar de que la práctica autogestionaria en ese país no pasase de ser una «mera formalidad»<sup>63</sup>– para aceptar con mayor facilidad las bondades de la economía de mercado capitalista.

El instrumento autogestionario –si se me permite llamarlo así– sirvió, además, de arma con la que deshacer de un solo tajo el nudo gordiano formado por el viejo dilema «reforma o revolución», que había marcado y condicionado, generación tras generación, el concepto mismo de socialismo. Dicho de otro modo, sirvió para poner en tela de juicio la existencia diferenciada dentro del socialismo de unos objetivos «inmediatos» y un objetivo «final» (tal y como rezaba la ortodoxia marxista de la Segunda Internacional, con la sola oposición de la entonces muy minoritaria tendencia

---

<sup>60</sup> SANTOS, Jesús: “Prólogo a la edición española” de: TEODORI, Massimo: *Las nuevas izquierdas europeas*, vol. I, p. 38; JIMÉNEZ, Antonio: “La autogestión”, *Sistema*, n.º 15, 1976, p. 74; MERINO GALÁN, Ángel: *Introducción al socialismo*, Madrid, Sedmay Ediciones, 1977, p. 193.

<sup>61</sup> RUSINOW, Dennison: *The Yugoslav Experiment*, p. 138.

<sup>62</sup> MARX, Karl: *El capital*, Libro III, tomo I, p. 317 y ss.

<sup>63</sup> LYDALL, Harold: *Yugoslav Socialism*, p. 150.

*bernsteiniana*). Paradójicamente, la autogestión fue concebida por los dirigentes socialistas como el «fin último» y, a la vez, como el «proceso» —el camino señalado por objetivos inmediatos y concretos— que conducía a ese fin. La autogestión, así, dio forma tangible a aquella fórmula ideada por los sevillanos en 1970 para conciliar objetivos inmediatos y fin último, reforma y revolución, socialismo y libertad, democracia «directa» y democracia «formal», utopía y realidad: «El carácter revolucionario del socialismo consiste en mantener un enlace constante entre las metas a conseguir con carácter inmediato y la realización plena de la sociedad socialista»<sup>64</sup>.

De este modo, la adopción de la autogestión por el PSOE a finales de 1976 vino a sancionar, con carácter retroactivo, el juego de equilibrio que la ejecutiva de Felipe González comenzó a poner en práctica desde Suresnes y que pretendía mantener una tensión permanente entre «el deseo y la realidad», entre «lo utópico y lo posible»<sup>65</sup>. Esta mecánica, en la que se conjugaba un discurso muy radical, hacia el interior del partido, con una práctica política moderada, pragmática, hacia el exterior, permitió al PSOE mostrarse tan exigente como el que más en la preservación de la pureza de sus principios revolucionarios (lo que, en la práctica, supuso —según se creyó entonces— la conquista de un espacio hegemónico en la izquierda, a expensas del que se pensaba «todopoderoso» PCE). Al mismo tiempo, proporcionó al partido la suficiente flexibilidad táctica como para que pudiese adaptar, sin complejos ni remordimientos ideológicos, sus iniciativas políticas a las circunstancias del momento: la aceptación de la monarquía parlamentaria restaurada en la figura de Juan Carlos I, la firma de los Pactos de la Moncloa, la participación en el consenso constitucional...

Ahora bien, que el PSOE asumiese a mediados de los setenta la fórmula hallada por los sevillanos para conjugar radicalismo verbal y pragmatismo político no significa, y mucho menos demuestra, como a veces se ha insinuado, que el partido y sus máximos dirigentes predicasen unos principios ideológicos en los que, en el fondo, no creían realmente. Los socialistas siempre habían tenido la conciencia escindida entre su alma revolucionaria y su alma reformista. Las consignas extremistas unidas a acciones moderadas no deben hacernos presuponer vacuidad en los principios de los socialistas; y tampoco debemos interpretarlas como si de una moda pasajera o de una mera pose se tratase. El lenguaje radical unido al pragmatismo político había formado parte del bagaje histórico del socialismo español (y del europeo) prácticamente desde sus

---

<sup>64</sup> «De la Agrupación de Sevilla al XI Congreso del PSOE», FPI/AE 706-2.

<sup>65</sup> GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: *Un estilo ético*, pp. 78 y 79.



orígenes. No puede tampoco tomarse a los dirigentes del PSOE –según han hecho retrospectivamente tantos analistas políticos, con argumentaciones anacrónicas, basadas en el prejuicio de haber conocido lo que después hicieron los socialistas en sus casi tres lustros de gobierno ininterrumpido<sup>66</sup>– como a unos cínicos descreídos, cuya única finalidad era alcanzar el gobierno a toda costa, y que, para lograrlo, instrumentalizaron, en una estrategia calculada, las reivindicaciones de una «democracia superior», radical, de una «democracia socialista», para obtener un rédito político inmediato<sup>67</sup>.

No hay por qué dudar de la sinceridad del discurso de Felipe González en la Escuela de Verano socialista de 1976 cuando declaró que tanto el partido como su primer secretario tenían «serias razones» para declararse marxistas<sup>68</sup>. Incluso hasta sus más feroces enemigos han reconocido que el sevillano, en cada estadio de su evolución política, estaba «convencido de lo que hacía y decía»<sup>69</sup>. No fue esta, por lo tanto, una actitud de mero cálculo «tacticista», sino que respondía a una convicción muy arraigada en la mente del secretario general del PSOE:

Es imprescindible no dejarse atrapar por un pragmatismo de cortos vuelos, incapaz de conectar lo que puedes hacer en un determinado periodo histórico con lo que desearías alcanzar como objetivo. [...] No creo que haya un pensamiento utópico acabado, no hay una construcción acabada de objetivos finales, y sería malo que la hubiera (salvo en el Paraíso, para los que creen). [...] No obstante, yo creo que eso es también el motor del cambio: la conexión entre la realidad y el pensamiento utópico<sup>70</sup>.

El problema de fondo no radica aquí en intentar dilucidar qué pensaban –labor imposible– los dirigentes socialistas cuando con su mano izquierda firmaban un manifiesto revolucionario mientras que con la derecha estrechaban la mano de la

---

<sup>66</sup> Este problema fue ya puesto de relieve en 2006 por: GÁLVEZ BIESCA, Sergio: “Del socialismo a la modernización. Los fundamentos de la misión histórica del PSOE en la transición”, *Historia del Presente*, n.º 8, 2006, p. 199.

<sup>67</sup> Véase, por ejemplo, el «falso radicalismo» o la «mitología de pizarra» de la que hablan, respectivamente, Sergio Gálvez y Juan Antonio Ortega: GÁLVEZ BIESCA, Sergio: *Modernización socialista y reforma laboral (1982-1992)*, tesis doctoral inédita dirigida por Julio Aróstegui Sánchez, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2012, p. 347; ORTEGA DÍAZ-AMBRONA, Juan Antonio: *Memorial de transiciones (1939-1978). La generación de 1978*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, p. 579.

<sup>68</sup> GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: “Línea política del PSOE”, en: GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe; REDONDO, Nicolás; PECES-BARBA, Gregorio; BOYER, Miguel; y GUIDONI, Pierre: *Socialismo es libertad. Escuela de Verano del PSOE*, pp. 27 y 28.

<sup>69</sup> BUSTELO, Francisco: *La izquierda imperfecta*, p. 89; y testimonio de Francisco Bustelo a BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el socialismo*, pp. 254 y 255.

<sup>70</sup> GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: *Un estilo ético*, pp. 78 y 79.

monarquía parlamentaria y de la economía de mercado capitalista. El problema radica en poder comprender por qué se produjo –en palabras de Felipe González– tal «dislocación entre lo que se decía y lo que se hacía»<sup>71</sup>. Es decir, lo importante es entender que el socialismo, desde sus mismos orígenes, había practicado este juego contradictorio no por mero «tacticismo» –aunque algo de ello siempre hubo–, sino, fundamentalmente, por pura y simple supervivencia, por instinto de conservación.

En un medio mayoritariamente hostil al ideario de transformación radical de la sociedad –y la España de mediados de los setenta no era, desde luego, una excepción, por mucho ruido que hiciesen los elementos más «concienciados» políticamente: una minoría, según hemos visto–, las recetas que los socialistas habían seguido para alcanzar sus objetivos siempre habían oscilado entre dos extremos: el de exigir la revolución (cuando se sentían aislados, inadaptados) y el de alcanzar la utopía a partir de un proceso de acumulación de reformas (cuando pensaban que podían lograr sus objetivos dentro del sistema político vigente, porque se sentían partícipes de él). Que se aplicase mayor dosis de una u otra receta, dependía, además de la capacidad de adaptación al medio de los propios socialistas, de las circunstancias del momento: del grado de hostilidad o de conformidad mostrada por la sociedad en su conjunto y por el resto de actores políticos (incluidos los rivales del mismo credo: otros grupos socialistas y comunistas).

Así, lo único que los renovadores del PSOE hicieron en la segunda mitad de la década de 1970 –como, antes que ellos, sus ancestros: recuérdese la participación de Pablo Iglesias junto a los «burgueses» republicanos en la coalición electoral de 1909 o la colaboración de Largo Caballero con el Consejo de Trabajo de la dictadura primorriverista– fue «adaptar el análisis político a la realidad actual»<sup>72</sup>. En 1975 el objetivo fundamental, inmediato, para los socialistas era alcanzar la democracia –fuese mediante la «ruptura» absoluta con el régimen franquista o mediante una ruptura más o menos «negociada» con sus sucesores–. Cuando a finales de 1976 la democracia estaba, como quien dice, a la vuelta de la esquina, los socialistas tuvieron que hacer un esfuerzo extraordinario por salir de aquella irrelevancia política en la que se encontraban y disputar «a base de una subasta de declaraciones marxistas» el espacio de la izquierda al PCE, el «campeón» de la lucha antifranquista, y a aquel «sarpullido» de rivales

---

<sup>71</sup> CEBRIÁN, Juan Luis: “El socialismo no es solo de la clase obrera”, entrevista a Felipe González en *El País*, 14 de junio de 1979.

<sup>72</sup> *Ib.*

socialistas y socialdemócratas del que hablaba Rodolfo Llopis en 1967<sup>73</sup>. Después, alcanzada ya la hegemonía de la izquierda tras las primeras elecciones democráticas, el PSOE intentó llegar al poder procurando crecer electoralmente por el único sitio por donde podía hacerlo, por su derecha, arrebatando espacio político a la UCD de Adolfo Suárez. Fue el momento en el que los socialistas tuvieron que hacer frente a sus propios demonios, a sus prejuicios, y, venciendo la resistencia interior, presentarse ante la sociedad como un partido serio, maduro, moderno y moderado, inequívocamente partidario de la democracia tal y como esta era concebida en Occidente, en definitiva, como un partido homologable a los otros partidos socialistas (o socialdemócratas, si se quiere) de su entorno.

Pero estas «subastas» tácticas a izquierda y a derecha no tenían por qué llevar necesariamente implícito el refuerzo o la renuncia de los ideales socialistas, o la «desideologización» del PSOE, como denunciaron los «críticos». Giros de este tipo habían sido habituales en la historia del partido sin que por ello se resintiesen en lo más mínimo sus cimientos ideológicos. Lo que se definió, por tanto, como un «desarme ideológico» en el *Manifiesto* lanzado por los «críticos» en el verano de 1979, más propiamente habría que tomarlo como un proceso de puesta al día de los presupuestos políticos (doctrinales y estratégicos) del PSOE<sup>74</sup>. Más que una pérdida de la identidad socialista, lo que en aquellos momentos estaba en juego, ideológicamente hablando, era si el partido seguiría apoyándose en lo que los «felipistas» entendían como una concepción «determinada» del socialismo, el representado por la versión «más cutre y rancia», «sectaria» y «excluyente» de la vieja ortodoxia marxista y sus «leyes inexorables del capitalismo» (decimonónico), o se imponía la concepción «moderna» y «abierta» defendida por ellos, la de un socialismo tomado «sin adjetivos» y sin prejuicios «de clase», apto para «ampliar su abanico» ideológico<sup>75</sup>.

No debemos, sin embargo, llevarnos a engaño. Tan socialista era una concepción como la otra, la del «sector crítico» como la del «oficialista» (si bien, la primera habría que ubicarla, en principio, más escorada a la izquierda). La adopción del marxismo como única o principal seña de identidad –fuera explícitamente o de forma implícita, por convencimiento o como mera pose, se hubiera llegado a ella tras «profundos

---

<sup>73</sup> Joaquín Almunia a BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el socialismo*, p. 322.

<sup>74</sup> «Manifiesto del grupo Bustelo-Gómez Llorente-Castellano», *El Socialista*, 19 de agosto de 1979.

<sup>75</sup> Entrevista a Felipe González: «Un buen momento para hacer balance», *El Socialista*, 6 de enero de 1980; Joaquín Arango a BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el socialismo*, pp. 100 y 101; GONZÁLEZ, Felipe: «Socialismo sin adjetivos», *El Socialista*, 14 de mayo de 1978.

estudios» o de un modo superficial— no era requisito imprescindible, ni mucho menos, para considerar socialista a un partido. «¡Hay que ser socialistas antes que marxistas!», gritó Felipe González en el XXVIII Congreso<sup>76</sup>. Ni Marx ni los marxistas — continuadores o, según se mire, corruptores de las teorías del maestro— inventaron el socialismo. El socialismo ya existía cuando Marx llegó a él. Y siguió existiendo tras su muerte: muy condicionado, es verdad, por la personalidad arrolladora del filósofo renano, o, más bien, por la versión determinista y naturalista del marxismo de Engels y Kautsky durante los años de la Segunda Internacional, cada vez más despojado de los efectos deformantes de esta versión del marxismo después de 1951, tras la constitución de la nueva Internacional Socialista.

Pero, para concluir, lo que aquí nos atañe es intentar establecer por qué el PSOE abandonó todo vestigio de pensamiento radical entre 1977 y 1982. La respuesta es sencilla, aunque difícil de explicar: porque desaparecieron, una a una, las condiciones en las que surgió, se alimentó y se mantuvo ese radicalismo. Despareció el «espíritu de fortín» del exilio y la influencia de los veteranos dirigentes que habían servido de modelo «socialdemócrata» negativo al que contraponer un socialismo «radical». Despareció la dictadura, y, con ella, la clandestinidad, la represión, el exilio, y desapareció también —o esa fue la ilusión de los españoles durante algún tiempo— el «foso existente entre la política y los ciudadanos»<sup>77</sup>. En su lugar surgió la «libertad» y algo con lo que —siguiendo a Tierno Galván— las nuevas generaciones de españoles podían «entusiasmarse»: un sistema político en construcción, una democracia joven, las promesas de inserción en la anhelada Europa<sup>78</sup>. (Además, después de las elecciones de junio de 1977, se vino abajo el mito de un PCE omnipresente y omnipotente, y los otros grupos socialistas rivales, incluido el llamado *sector histórico*, se fueron integrando en las filas del PSOE)<sup>79</sup>.

(La dictadura, según hemos visto, no fue el motivo directo de radicalización del PSOE, pero sí preparó las condiciones para que unos jóvenes inconformistas, después incorporados al partido y a sus Juventudes, decidiesen en 1956 constituir la Agrupación Socialista Universitaria a partir de una concepción radical del socialismo.

---

<sup>76</sup> GONZÁLEZ, Felipe: “Discurso al XXVIII Congreso”, *El Socialista*, Especial XXVIII Congreso, n.º 1, 27 de mayo de 1979.

<sup>77</sup> PALOMARES, Alfonso S.: *Felipe González. El hombre y el político*, p. 205.

<sup>78</sup> TIERNO GALVÁN, Enrique: *Cabos sueltos*, pp. 114 y 115.

<sup>79</sup> JULIÁ, Santos: “The ideological conversion of the leaders of the PSOE”, en: LANNON, Frances; y PRESTON, Paul (eds.): *Elites and Power in Twentieth Century Spain*, Oxford, Clarendon Press, 1990, p. 285.

Posteriormente, en los sesenta, inoculado y difundido el germen radical en el PSOE, pervivió este entre su militancia durante más de una década porque la dictadura condenó toda iniciativa política que no surgiese de su seno a la extinción o al reducto de actividad clandestina. Sin embargo, una vez que los partidos políticos fueron legalizados, se formaron las Cortes democráticas, se dotó al país de una Constitución igualmente democrática y el PSOE comenzó a sentirse no solo partícipe del juego institucional, sino candidato probable a desempeñar funciones de gobierno, la mayoría de los dirigentes socialistas empezaron a convencerse —como, por otra parte, les había ocurrido a sus antepasados políticos— de que era absurdo, más que utópico, seguir pensando en el «milenio» cuando podían alcanzar sus objetivos desde el mismo momento en que «tocasen» poder —muy pronto, presumían— y con otros métodos menos traumáticos para la sociedad española. Por otra parte, al salir del gueto político en el que estaban relegados durante la dictadura y al tener que actuar en el mundo «real» —diseñando estrategias electorales, elaborando programas, discutiendo proyectos de ley en el Parlamento, asumiendo responsabilidades de gobierno en los ayuntamientos, negociando y conversando con los actores sociales, sindicatos y patronal incluida—, los socialistas fueron alumbrando nuevas «mentalidades», cercanas a las de los otros partidos socialistas de su entorno geográfico, con largas experiencias democráticas en sus países).

Por último, sobrevinieron los efectos de la crisis económica, se avanzó en el mundo occidental —a través de la crítica postmoderna y postmaterialista— hacia la sustitución del paradigma general de radicalismo constituido en los años sesenta, se fue asentando una conciencia relativista que propició la aniquilación de toda idea escatológica y milenarista, de la noción de lo absoluto, de la concepción del marxismo como «teología» y como forma segura, infalible, de entender y cambiar el mundo<sup>80</sup>. Desaparecieron, en fin, las ansias revolucionarias de «aquellos jóvenes *outsiders* del sistema del poder» —según lo expresó Alfonso Guerra— que «presentaron sus credenciales» en junio de 1977<sup>81</sup>, en las primeras elecciones democráticas en España desde hacía más de cuarenta años, y surgió «la fuerza militante y electoral» de un socialismo que buscaba «construir un modelo de sociedad *posible*», que hacía

---

<sup>80</sup> MÚGICA HERZOG, Enrique: “Lo que se jugaba el PSOE en el XXVIII Congreso”, en: DIARIO 16: *Historia de la transición*, vol. II, p. 592. Para la crítica postmoderna y el postmaterialismo, véase: LYOTARD, Jean-François: *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra, 1987; y INGLEHART, Ronald: *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles among Western Publics*, Princeton, Princeton University Press, 1977.

<sup>81</sup> GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: *Cuando el tiempo nos alcanza*, pp. 310 y 311.

«referencia a las *promesas* de libertad política, igualdad social, democracia, progreso económico y solidaridad ética»<sup>82</sup>.

---

<sup>82</sup> MARAVALL, José María: “Problemas del socialismo en la nueva década”, *El Socialista*, 20 de enero de 1980.

## INTRODUCTION

In December 1976, the approximately 800 delegates elected by the different socialist federations in exile and at home to attend the first congress of the Spanish Socialist Workers' Party (PSOE) to be held in Spain since 1932 (in 'forty-four years, two months and one day'),<sup>83</sup> solemnly proclaimed that, as recipients of 'the oldest workers' tradition of the Spanish state' (based on the 'scientific method of knowing how to transform capitalist society through the class struggle as the driving force behind history': Marxism),<sup>84</sup> and aware, nonetheless, that they lacked 'models to copy,' because 'no such model for constructing socialism had ever existed before in the world,' were faced for the first time with the 'historic challenge' of creating themselves 'a new model, unimplemented in any country to date.'<sup>85</sup> That new model of socialism would be grounded on the 'self-management' ideal, a project that, politically speaking, intended to transcend the obsolete rules of (bourgeois) 'formal democracy' applying 'direct democracy,' and, in the economic sphere, advocated for overcoming both the 'deregulated capitalism' of the West and the 'bureaucratic capitalism of the State' typical of communist regimes, through the construction of a system of 'planned economy' – namely, similar to that introduced in Yugoslavia by Marshal Tito – in which a majority sector of large companies 'exclusively' self-managed by the workers themselves would coexist with another of nationalized public enterprises, and a third comprising non-socialized small private concerns (family businesses).<sup>86</sup>

---

<sup>83</sup> "Empieza un nuevo capítulo de la Historia de España", *El Socialista*, special issue about PSOE's 27<sup>th</sup> congress, 6 December 1976.

<sup>84</sup> "Resolución política", in: GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso (ed.): *XXVII Congreso del Partido Socialista Obrero Español*, Barcelona, Avance, 1977, p. 116.

<sup>85</sup> "Programa de transición", in: *Ib.*, p. 159.

<sup>86</sup> GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: *Qué es el socialismo*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976, p. 25; BOYER SALVADOR, Miguel: "De la crisis económica y política española a una economía socialista descentralizada", in: ÁLVAREZ RENDUELES, José Ramón; BOYER, Miguel; CABELLO DE ALBA, Rafael; CASTAÑÉ, José María; FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ, Fernando; JANÉ SOLÁ, José; KALDOR, Nicholas; LASUÉN, José Ramón; LEONTIEFF, Wassily; LEVINSON, Charles; MARTÍNEZ CORTINA, Rafael; RUBIO, Mariano; and TERCEIRO, José: *Consecuencias políticas del desarrollo económico. VII Semana Económica Internacional organizada por Mundo*, Barcelona, Dopesa, 1976, pp. 169-176.

The Spanish socialists had conceived such a project – undoubtedly the most radical in its history<sup>87</sup> – through what Felipe González defined as a process of ‘ideological accumulation’ that, during the ‘long period that they had spent in the wilderness’ throughout Franco’s dictatorship, had gradually ‘overloaded’ the party’s theoretical premises.<sup>88</sup> In October 1982, however, the PSOE came to power on the strength of a moderate and ‘realistic’ election manifesto (*For change*) – since the aim was not to ‘achieve goals beyond Spain’s possibilities,’ but to aspire to ‘promote the country’s modernization and firmly establish the foundations for its future development’ – and in which not a vestige remained of that self-management project that, if implemented, would have elevated the Spanish socialists to the category of ‘inventors’, so to speak, of the world’s first construction model of ‘real socialism’. Thus, in 1982, the PSOE, now bereft of a ‘replacement model’ that was capable of maintaining democracy and, at the same time, guaranteeing a ‘basic standard of living,’<sup>89</sup> had limited itself to offering Spaniards ‘coherent’ governance that acknowledged ‘the hopes and aspirations of the majority’: combating unemployment, improving productivity, modernizing the country, ‘streamlining industrial relations,’ raising technological-organizational levels.<sup>90</sup>

The fact is that, in just six years (from 1976-1982), the PSOE ‘ceased to be,’ as Francisco Bustelo disclosed in his memoirs, ‘the most radical socialist party in Western Europe to become the most moderate, without realizing exactly how either had come about.’<sup>91</sup> And that is precisely the aim of this research: to try to elucidate the when, how and, if possible, why behind that process of radicalization – of ‘ideological accumulation,’ in the words of Felipe González – that the PSOE underwent during Franco’s dictatorship, culminating in December 1976 at the party’s 27<sup>th</sup> congress. Before continuing, however, it is necessary to provide a few methodological and terminological clarifications, whose nature brings us back to the subtitle of this work:

---

<sup>87</sup> BUSTELO, Francisco: *La izquierda imperfecta. Memorias de un político frustrado*, Barcelona, Planeta, 1996, p. 108; Alfonso Guerra to BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el socialismo*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1996, p. 133.

<sup>88</sup> Interview with Felipe González conducted by Julia Navarro, *Pueblo*, 17 December 1977.

<sup>89</sup> MARAVALL, José Antonio: “Problemas del socialismo en la nueva década”, *El Socialista*, 20 January 1980.

<sup>90</sup> *Por el cambio. Programa electoral*, s.l., Partido Socialista Obrero Español, 1982, pp. 5 and 6; “Un programa realista”, *El Socialista*, 22 September 1982.

<sup>91</sup> BUSTELO, Francisco: *La izquierda imperfecta*, p. 129.



*Radicalism and renovation in the PSOE during the dictatorship and the transition to democracy (1953-1982).*

With regard to the chronology, if the 27th Congress of December 1976 – rather than the famous congress held in Suresnes in 1974, as has often been claimed – marked, as will be demonstrated in the forth chapter of this work, the apogee of the accelerated process of ‘ideological accumulation’ undergone by the PSOE during the last years of Francoism, the presentation of the socialist election manifesto (*For change*) in September 1982, with which the party won the elections a month later obtaining a absolute majority in parliament, represented a fundamental step (both symbolic and effective) towards reversing that process: as will be seen, since the beginning of 1977, while Spanish society matured politically ‘at breakneck speed,’ a ‘majority’ of the government led by Felipe González endeavoured to convert the PSOE into an equally ‘mature,’ ‘serious,’ and modern party, unambiguously in favour of democracy (as this was conceived in the West) and ideologically moderate; in short, a party equivalent to the other 33 founding members of the new Socialist International of 1951.<sup>92</sup>

Thus, this work covers events up until 1982. As regards the choice of 1953 as the starting point – and not, for instance, 1939, the year in which the Civil War ended and, therefore, the moment when the Franco regime began to control the whole of Spain – this requires a more in-depth explanation. Since Felipe González and other leaders of the PSOE popularized the aforementioned concepts of ‘overload’ and ‘ideological accumulation’, there is a widespread belief, very popular not only among political scientists, sociologists and journalists, but also among historians, that Franco’s dictatorship itself acted as a catalyst for the radical political discourse of the socialists.<sup>93</sup>

---

<sup>92</sup> Alfonso Guerra to BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el socialismo*, p. 133; CASTELLANO, Pablo: “El congreso de la gran paradoja”, in: DIARIO 16: *Historia de la transición. 10 años que cambiaron España, 1973-1983*, Madrid, Diario 16, 1983 and 1984, vol. I, p. 365; FEO, Julio: *Aquellos años*, Barcelona, Ediciones B, 1993, pp. 64 and 124-127; ALMUNIA AMANN, Joaquín: *Memorias políticas*, Madrid, Aguilar, 2001, p. 697; “La crisis de identidad del PSOE”, *El País*, 1 June 1975; CEBRIÁN, Juan Luis: “El socialismo no es solo de la clase obrera”, interview with Felipe González in *El País*, 14 June 1979; “Un buen momento para hacer balance”, Interview with Felipe González, *El Socialista*, 6 January 1980; MARAVALL, José Antonio: “Problemas del socialismo en la nueva década”, *El Socialista*, 20 January 1980.

<sup>93</sup> Statements similar to those made by Felipe González at the end of 1977 can be found in: “El congreso del PSOE”, *El País*, 13 December 1984; Felipe González to PREGO, Victoria: *Así se hizo la Transición*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995, p. 191; Alfonso Guerra and Nicolás Redondo to BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el socialismo*, pp. 132, 133 and 209; GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: *Cuando el tiempo nos alcanza. Memorias, 1940-1982*, Espasa Calpe, Madrid, 2004, p 329;

This theory has been promoted with such success that even Abdón Mateos, in one of the most thoroughly researched books ever written about the PSOE and the dictatorship, goes as far as to state at the end – contradicting to a great extent the solid arguments set out in its 500 pages – that ‘the structural weakness [of the party], its isolation from Spanish society and, in brief, the scant prospects of toppling the dictatorship made it drift towards radicalism.’<sup>94</sup> To this, nonetheless, it could be said that none of these three factors drove the socialists to radicalism during at least the first two decades of the dictatorship, and all this in spite of – or maybe because of – the plight of the militants during that time in the face of repression and exile, particularly when the party’s leaders realized that the victorious powers of World War II were not willing to do anything about the ‘Spanish problem,’ barring a few instances of verbal condemnation of the regime at the sessions of the UN General Assembly.

Rather, in the 1940s and 1950s, totally the opposite occurred.<sup>95</sup> While the regime resulting from the Civil War gradually emerged from the isolation to which it had been subjected by the international community after the Allied victory in World War II and consolidated its position<sup>96</sup> with increasing conviction, the socialists – both those in exile and at home – maintained a moderate stance not only with respect to the way in which they believed that they should go about overthrowing and putting an end to Franco’s dictatorship, but also regarding their own way of conceiving socialism and democracy. Furthermore, the abrupt deprivation of liberty suffered by the socialists (and the rest of Spanish society) as result of the victory of the ‘national side’ in the Civil War made them appreciate and hanker after, more than ever, what they had dubbed contemptuously in other times as ‘formal or bourgeois’ democracy. Far-flung from the revolutionary radicalism of the 1930s, in the 1940s and 1950s the socialists appealed for a solution to the ‘Spanish problem’ – the case of Indalecio Prieto and Trifón Gómez between 1942 and 1951 are the two clearest examples – even advocating for ‘monarchical possibilism’, namely, the opportunity that democracy be restored in Spain

---

Nicolás Redondo to REVERTE, Jorge M.: *Nicolás Redondo. Memoria Política*, Madrid, Temas de Hoy, 2008, p. 93.

<sup>94</sup> MATEOS, Abdón: *El PSOE contra Franco. Continuidad y renovación del socialismo español, 1953-1974*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993, p. 461.

<sup>95</sup> For the version given by two socialists advocating for ‘renovation’ (both sons of a leader living in exile) about what had happened within the PSOE during the 1940s and 1950s, see: MARTÍNEZ COBO, Carlos; and MARTÍNEZ COBO, José: *La primera renovación. Intrahistoria del PSOE*, vol. I (1939-1945), Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1989; *¿República? ¿Monarquía? En busca del consenso. Intrahistoria del PSOE*, vol. II (1946-1954), Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1992.

<sup>96</sup> In this regard, see: PORTERO, Florentino: *Franco aislado. La cuestión española (1945-1950)*, Madrid, Aguilar, 1989, p. 399.

through the establishment of a constitutional monarchy, embodied in the figure of the pretender Juan de Borbón.

‘Are we perhaps to consider,’ it was held in the first number of *Adelante*, the organ of expression of the pro-Prieto Círculo Pablo Iglesias of Mexico, ‘whether it is worthwhile shouldering the consequences of a revolution to establish a capitalist republic or if we can, and should, save our energy for working solely in support of our ideas, framed in a constitutional and democratic monarchy.’<sup>97</sup>

At all of the congresses held by the socialists in exile in France, from the first (1944) to the last (1974), there was one sole obsession: to recuperate the democracy and liberties lost by the Spanish people in the period 1936-1939. It was precisely during the 1940s and 1950s when the PSOE began to appreciate the value of (bourgeois) democracy not now in a traditional sense (as conceived by Pablo Iglesias and Francisco Largo Caballero, to name but a few), to wit, as a useful ‘tool’ on the path towards the ‘ultimate objective’ of socialism, but as an ‘end’ inextricably linked to the very destiny of socialism and, therefore, as an absolute value, an asset in itself. Since, as was emphasized in the manifesto approved in Frankfurt by the founding parties of the new Socialist International (including the PSOE), ‘without liberty there can be no socialism. Socialism can only be achieved in democracy.’<sup>98</sup>

This state of affairs, however, began to change at the beginning of the 1960s and this was thanks to the impetus the PSOE was lent in Spain by its underground organization, restructured after the fall of its sixth executive in 1953 and, above all, by a group of youngsters from ‘good families,’ the majority of whom had been socialized in Falangist organizations and all of whom had been educated at Francoist universities, who in the middle of the 1950s had embraced socialism quite independently from (without the

---

<sup>97</sup> “Hacia la monarquía española», *Adelante*, 2 February 1942. For the contacts between the members of the National Alliance of Democratic Forces (ANFD) and the monarchists supporting the restoration of a constitutional monarchy embodied in the figure of Juan de Borbón, see the book by the anarchist leader Enrique Marco Nadal: *Todos contra Franco. La Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, 1944-1947*, Madrid, Queimada, 1982, pp. 155-66, 189 and 216. For the creation and initial stages of the ANFD, whose members included covert socialist and republican militants, as well as militant unionists affiliated to the General Union of Workers (UGT) and the National Confederation of Labour (CNT), see the book by its first chairman, Régulo Martínez: *Republicanos de catacumbas*, Madrid, Ediciones 99, 1977.

<sup>98</sup> “Nuestros vínculos internacionales”, in: MARTÍNEZ COBO, Carlos; and MARTÍNEZ COBO, José: *Congresos del PSOE en el exilio, 1944-1955*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1981, vol. I, p. 306.

knowledge or intervention of) the party.<sup>99</sup> At the end of March 1956, after the famous student protests occurring in February of the same year, this group of youngsters joined forces to create the University Socialist Association (ASU). In August (1961), two second-generation representatives, with the help of some of the most important figures of that underground organization, restructured some years before, burst into the plenary session of the 8<sup>th</sup> Congress of the PSOE in exile, held in Puteaux, with the intention of proposing to the exiled veteran socialists a political manifesto synthesizing the tactical approaches designed some time ago by the most influential leaders in the country and the revolutionary ideological conceptions outlined by the ASU since 1956.

The middle years of the 1950s were therefore central both to the commencement of the radicalization of the PSOE's ideological principles and to the recomposition of its organizational structures. If 1956 entered the history of the PSOE as the year marking the birth of the ASU, the seed from which sprouted, as will be demonstrated in the first two sections of this work, the subsequent radical interpretation of socialism that the Socialist Youth embraced in 1961 and the party itself in 1964, 1953 was in turn marked by the appearance in Spain of a generation of socialist leaders (Antonio Amat, Antonio Villar, Francisco Román) who first acted as intermediaries between the young members and the veterans, and afterwards as an ally of the former against the latter. These, then, are the reasons why I have taken 1953 as the starting point of my research.

Another basic aspect that I should explain before continuing has to do with the relationship existing between two processes that the PSOE underwent almost simultaneously. On the one hand, I am referring to the aforementioned radical drift of socialist doctrine since the middle of the 1960s and, therefore, to the 'renovation' process of the party's organizational structures and the political strategies implemented by its leaders throughout the dictatorship and the transition to democracy. Although they did not depend directly on one another, both processes (radicalization and renovation) did indeed reinforce one another at a number of crucial moments in the party's evolution, and what is more to an extent that quite a few historians have confused them in their political analyses. It is important, nonetheless, to carefully separate the consequences of ideological radicalization from those of organizational and

---

<sup>99</sup> BUSTELO, Francisco: *La izquierda imperfecta*, p. 113; Interview with Pradera conducted by Carlos Elordi in: PRADERA, Javier: "Memorias y recuerdos", in: JULIÁ, Santos: *Camarada Javier Pradera*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2012, p. 196.

strategic renovation. That said, and without ever losing sight of the basic objective of this research work which – as has already been underscored – is to identify the origins and analyze the evolution of and delve into the reasons behind the PSOE's drift towards radicalism, 'renovation' will be taken into account here only in cases in which, in one way or another, directly or indirectly, it contributed to reinforcing and highlighting the political radicalism of the socialists, or simply favoured its dissemination among the party's different federations in Spain or its sections in exile.

To sum up, I should make one final remark. The adjective 'radical', around which this work revolves, has been applied to the political analysis that follows in two different forms or meanings. Firstly, in the broadest sense of the word in common parlance, as a synonym of 'extreme' or 'extremist': 'In favour of extreme reforms,' according to the last edition of the *Dictionary of the Spanish Language of the Royal Spanish Academy*.<sup>100</sup> Secondly, in its etymological sense: as 'belonging or relating to the root,' as 'fundamental, essential.'<sup>101</sup> Thus, when in Chapter Seven I define as 'radical' the proposal that the young leader of the ASU Miguel Sánchez-Mazas put forward to Indalecio Prieto in the form of an 'explanatory letter', in which he appealed to certain Marxist principles of the founding fathers of the PSOE, I do so attributing to it not so much the meaning of 'extreme' as that of 'essential', inasmuch as it intended to connect with the very 'roots' (the 'essence') of Spanish socialism in its origins. However, when I describe the model of 'self-management socialism', endorsed by the representatives of the different federations of the PSOE at the 27<sup>th</sup> Congress held in 1976, as 'radical', I do so believing that the implementation of such a model converted those socialist representatives – according to the *Dictionary of the Spanish Language of the Royal Spanish Academy* – into 'proponents of extreme reforms' (in reality, as will be seen in Chapter Nineteen, proponents of a 'revolution', though one designed to be staged in phases).

---

<sup>100</sup> Fourth meaning of the adjective 'radical' in the *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Real Academia Española, 2014 (23<sup>rd</sup> edition).

<sup>101</sup> *Idem*. First and second meanings.



## CONCLUSIONS

### The 'invention' of socialism

'The obsession of every exile is to return home.'<sup>102</sup> The case of the Spanish socialists living in exile in France, Belgium, Switzerland, Algeria, Morocco, Mexico, Chile, Argentina, etc., during the Civil War and after, was no exception to the rule. After having been forced to leave Spain, their obsession was to return home; although they wanted to do so under the best possible conditions. Namely, their intention was to return to a country 'freed from the Franco-Falangist yoke,' to a democratic Spain. They longed for their homeland, led astray by the 'fascist, bourgeois-landowner' dictatorship,<sup>103</sup> and yearned for – how ironic! – those 'bourgeois' liberties, that 'formal' democracy now lost, which years before they had accepted sneeringly in a purely instrumental fashion as the first step towards a regime of 'superior' democracy, of democratic socialism.

The long years of clandestinity and exile had produced, as Rodolfo Llopis observed in 1955, 'new mentalities' in the consciences both of the socialists living in exile and of those who had remained in Spain. During the onerous post-war years, the leaders of the PSOE moderated their theoretical premises and tactical positions (even to the extent of being tempted by 'monarchical possibilism' as the most direct path to re-establishing democracy in Spain), while putting aside, together with the old quarrels between the different socialist factions (*negrinistas*, *largocabelleristas*, *prietistas*, *besteristas*), the revolutionary 'dreams' in which a party substantially composed of workers would guide the proletariat masses towards liberation. During the 1940s and 1950s, the Spanish socialists (living in exile and in clandestinity) had become clearly aware of the value that 'bourgeois liberties' represented for the 'salvation' of Spanish society as a whole and of the workers in particular.

Liberal democracy, maligned in the past by the socialists as a purely 'formal' political system, thus became an asset in itself for which it was worthwhile fighting, an absolute value, the main objective now inextricably linked to the destiny of socialism:

---

<sup>102</sup> ROA BASTOS, Augusto: *El fiscal*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1993, p. 14.

<sup>103</sup> "Declaraciones de Pascual Tomás", *El Socialista*, 6 June 1961; "Discurso de Manuel Albar", in: MARTÍNEZ COBO, Carlos; and MARTÍNEZ COBO, José: *Congresos del PSOE en el exilio*, vol. I, p. 43.

‘Without liberty there can be no socialism.’<sup>104</sup> In 1961, the Spanish socialists had come to the conviction that, endorsing the ‘promising words’ pronounced by John Fitzgerald Kennedy, the new democratic president of the USA, during his inaugural address, so as ‘to assure the survival and the success of liberty,’ they were prepared to ‘pay any price,’ to ‘bear any burden,’ to ‘suffer any amount of hardship.’<sup>105</sup> This ‘attitude’ was ‘fully ratified once again’ at the congress – the eighth in exile – that the PSOE held in Puteaux that year.<sup>106</sup>

Three years on, however, the delegates sent to the 9th Congress found reasons that ‘urged them to change their attitude.’ In 1964, marking the celebration of the ‘25 Years of Peace’ under the Franco regime, the socialists again underlined that, although ‘political democracy’ could and should be the ‘aspiration of all Spaniards,’ ‘economic democracy’ was, in reality, the ‘logical workers’ aspiration.’ ‘To stabilize a democratic regime,’ it was noted in the resolution passed by the assembly, ‘a political label is not enough,’ unless, obviously, it (formal democracy) was accompanied by a radical plan of ‘structural reforms.’<sup>107</sup> As before, the socialists regarded liberal democracy as solely an intermediate stage, a mere instrument with which to achieve ‘real’ democracy of the socialist kind.

What was behind that change in ‘attitude’? From where had that renewed radical impulse originated? As it has been seen, from outside the margins of the PSOE. Its promoters were a small group of youngsters belonging to the ‘well-healed middle- and upper-class bourgeoisie,’ ‘lovingly educated in the aberrant slogans’ of a regime that had ‘pampered them to an extent bordering on the absurd.’ ‘Without having directly experienced the Civil War’ or the Republic, the majority of them were ‘autodidacts,’ politically speaking, who had emerged from the ‘absurd self-absorption’ in which they lived as a consequence of an initiatory journey of self-assertion’ in search of their own identity,’ which in the spring of 1956 led them to ‘enthuse’ about Marxism in a country deprived of liberty.<sup>108</sup>

---

<sup>104</sup> “Nuestros vínculos internacionales”, in: MARTÍNEZ COBO, Carlos; and MARTÍNEZ COBO, José: *Ib.*, p. 306.

<sup>105</sup> “Tomemos nota. Palabras del Presidente Kennedy”, *El Socialista*, 6 April 1961.

<sup>106</sup> “Resolución política. Ante España. el Partido Socialista ratifica su actitud”, in: MARTÍNEZ COBO, Carlos; and MARTÍNEZ COBO, José: *Congresos del PSOE*, vol. II, p. 74.

<sup>107</sup> “Resolución política”, in *Ib.*, p. 106.

<sup>108</sup> LIZCANO, Pablo: *La generación del 56*, p. 180; MORODO, Raúl: *Atando cabos*, pp. 407 and 408; SÁNCHEZ-MAZAS, Miguel: “Febrero de 1956. El primer desafío al Régimen”, p. 43; *La actual crisis*



Clearly, the Marxism of the founders of the University Socialist Association (ASU) did not correspond exactly to that of the *pablista* or *Kautskian* orthodoxy of the Second International (and even less to that of Leninist orthodoxy), in spite of the fact that, as with those orthodoxies, it involved a ‘superficial’ and dogmatic Marxism.<sup>109</sup> That of the student socialists was rather an instinctive, almost impulsive Marxism, with an aura of vitality, occasionally bordering on the irrational (although its advocates painted it as the most complete ‘scientific’ method of analysis of social and political reality). The intuition of the venerable master Llopis, a ‘very fine psychologist,’<sup>110</sup> did not fail him when at the 6<sup>th</sup> Congress of the PSOE he predicted, even before the famous student protests of February 1956, that a new generation of Spaniards were discovering socialism (Marxism) not only as a ‘system,’ but also as a ‘way of life,’ as a civilization.<sup>111</sup>

Nonetheless, however superficial or instinctive the Marxism of the socialist students might have been, it still played a key role in shaping an alternative to the society in which they lived and found so ‘unsatisfactory.’<sup>112</sup> Marxism – ‘a substitute for the religion’ that they had ‘lost’ – ‘revealed’ to the young members of the ASU an ‘infallible’ theory for understanding and changing the world. Thus, they discovered the existence of social classes, ‘beyond individuals,’ the unconscious subjugation of societies – of alienated humanity – to ‘particular’ economic structures, and knowledge of ‘political work’ that, ‘applied to a (fascist or communist) dictatorship or to (bourgeois and liberal) democracy, allowed them to gain ‘a different understanding of an oppressive and stifling situation.’ Moreover, the discovery of Marxism allowed a group of young people who ‘lived in societies divorced from their past’ to endow themselves with their own distinguishing traits, at variance with those of their elders, while it also provided them with a ‘canon,’ that is, an ‘abstract method of knowledge’ of reality and an ‘instrument of action’ with which to change that reality.<sup>113</sup>

---

*española*, p. 17; PRADERA, Javier: “Memorias y recuerdos”, in JULIÁ, Santos: *Camarada Javier Pradera*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2012, p. 162; PARÍS, Carlos: *El rapto de la cultura*, p. 20; TIerno GALVÁN, Enrique: *Cabos sueltos*, pp. 114 and 115; BUSTELO, Francisco: *La izquierda imperfecta*, pp. 18 and 19.

<sup>109</sup> *Ib.*, p. 20.

<sup>110</sup> MARTÍNEZ COBO, José: *Recuerdos fraternales*, p. 158.

<sup>111</sup> “Importante discurso de Rodolfo Llopis”, en MARTÍNEZ COBO, Carlos; and MARTÍNEZ COBO, José: *Congresos del PSOE*, vol. I, pp. 289 and 292.

<sup>112</sup> *Ib.*, p. 13.

<sup>113</sup> HOBSBAWM, Eric: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 330; MÚGICA HERZOG, Enrique: *Itinerario hacia la libertad*, p. 24.

Where had these political extremists acquired their ideological principles and ethical imperatives? Paradoxically, from their own families, from the society they despised, from the suffocating atmosphere of the universities that oppressed them. The young neo-socialist radicals were a direct political product of the environment in which they lived. In reality, their process of radicalization did not presuppose new values, but rather ‘the commitment to transferring the moral principles of their parents to the terrain of political reality.’<sup>114</sup> What differentiated the ASU leaders from their elders was that they were sincere about the principles that the latter had been incapable of putting into practice (neither during the Republic nor afterwards, following the Civil War); the promises of equality and liberty, whether these derived from the Marxist revolutionary (socialist or communist) or liberal-republican dream (as in the case of Ramón Moliner and the Bustelo brothers) or from that ‘pending revolution’ of Falangism that impregnated the consciences of the Sánchez-Mazas, the Praderas and the Girbaus.

These youngsters believed that their elders had betrayed their own ideals – in what the hippies would later dub a ‘fantastic ego trip’ – in exchange for prestige and power, or simply for peace and comfort. The men who, after fighting to the bitter end in the Civil War, should have carried on the fight to change the structures of society (in Spain and elsewhere), had allowed themselves to be ensnared, at the last moment, in those same structures; in other words, they had become ‘gentrified.’ And this reflection could be equally applied to the Franco-Falangist leaders, victors in the war, and to the socialist leaders in exile, both to communist and fascist dictators (Stalin, Franco, Jrushchov, Mao) and to the gerontocracy governing the ‘free world’ (Adenauer, De Gaulle, Churchill, Eisenhower).<sup>115</sup>

Although they came from very different, even antagonistic, political backgrounds, in the spring of 1956 the young socialist students were, however, united by their belief that another Spain was possible (and necessary), beyond the political allegiances emerging before and after the military putsch of July 1936. Furthermore, they shared the conviction that the forms of thinking appearing in modernity had already been eclipsed and exhausted, at least as they had been proposed in the 1930s. Fascism had been defeated (and exposed), the socialism of the USSR had been revealed as a system of brutal despotism, the social democracy restored worldwide in the post-war years had

---

<sup>114</sup> CANTOR, Norman F.: *La era de la protesta. Oposición y rebeldía en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 1973, p. 345.

<sup>115</sup> *Ib.*, p. 347; HOBBSAWM, Eric: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, p. 327.

fallen into disrepute owing to its alliance with the capitalists, the leaders of the workers' movement were rapidly becoming gentrified, and, as a corollary, liberal parliamentary democracy was seen by the young socialists as a 'limited' system, subject to a series of purely technical rules that concealed the underlying political and social reality, based on the absolute domination of the 'logic of the market' and the growth of a 'new authoritarianism,' barely disguised, 'favoured by official anti-communism' and capitalist technocracy.<sup>116</sup>

Thus, in 1956, the socialist students rebelled against this, against their elders' betrayal of their own ideals, with the Young Socialists of the PSOE following suit in 1961. In 1972, Alfonso Guerra expressed it perfectly in an article that precipitated the split in the PSOE: 'The task of socialists has a dual nature: the struggle against the capitalist system oppressing them, and the struggle against certain structures of their own organization threatening to efface their actions.'<sup>117</sup> This is the main reason why all of the socialists 'advocating for renovation' – firstly, the members of the ASU and the young leaders influenced by them, followed by the Sevillians and their allies – became obsessed with returning to the doctrinal roots of socialism and to the Marxist origins of the PSOE. They felt let down, betrayed, by their political sires, and searched romantically in their forefathers – so to speak – for the ideological and moral purity that had been forfeited. However, this return to the past – as has been seen – did not imply the revival of faded *pablista* principles that put the accent on the purity of the proletariat and the inevitability of the collapse of the capitalist system, devoured by its own contradictions.

On the other hand, the young 'renovators' of the PSOE, aware that they lacked 'models to copy,' because, hitherto, 'no such model for constructing socialism had ever existed before in the world,' felt the irrepressible need to 'reinvent' socialism.<sup>118</sup> And they endeavoured to do so, although from 'the reconsideration of that past that acted in

---

<sup>116</sup> *Nuestro pensamiento, I: Informe sobre la situación de la clase trabajadora en España*, JSE, 1961, p. 14; FERRARY, Álvaro: "Las transformaciones culturales tras la Segunda Guerra Mundial: nuevos prismas, nuevas perspectivas", in: PAREDES, Javier: *Historia universal contemporánea*, vol. II: *De la Primera Guerra Mundial a nuestros días*, Barcelona, Ariel, 1999, p. 268; SASSOON, Donald: "Política"; and KÖRNER, Axel: "Cultura", in: FULBROOK, Mary: *Historia de Europa Oxford. Europa desde 1945*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 45 and 192.

<sup>117</sup> "Los enfoques de la praxis", *El Socialista*, May 1972.

<sup>118</sup> GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: "El Parlamento marcha a paso de elefante", p. 17.

the present,' seeking to be legitimized by that same tradition that had been adulterated by their elders, so they believed, but on the basis of a project of radical (revolutionary) reform that intended to rectify the errors committed by the latter by building 'a socialism as different and far-removed from social-democratic positions as from the bureaucratic centralism of the Eastern Bloc countries.'<sup>119</sup> Thus, 'the forms of socialist democracy' defended by the young 'renovators' of the PSOE took into account both the failures of the so-called 'real socialism' and those of 'liberal parliamentary regimes.'<sup>120</sup> It was not enough now for the radical socialists to act within the limits of 'formal' democracy, as the veteran leaders in exile had wanted to do for decades. They needed to push back those limits, reconsidering the very concept of 'political liberties' until managing to extend democratic practice to all of the fields of everyday life: economic, social, cultural, educational.

As a consequence of that idea, all of the proposals and initiatives for renovation put forward by the members of the ASU (on their own or in collaboration with the supporters of Antonio Amat) and by their successors during the period spanning 1956 to 1970 were marked by this spirit of radical democratic regeneration. However, they were all unsuccessful (except for those geared to the organizational restructuring of the Young Socialists), for having been proposed too early or haphazardly, for being tainted with a naïve, more than excessive, radicalism, or for lacking political coherence and exuding doctrinal ambiguity. Only when the situation within the PSOE was sufficiently ripe, to wit, when the new spirit instilled by the members of the ASU, sustained by the Young Socialists and refined by the Sevillians, was gradually disseminated by the party's different federations in Spain and by its sections abroad, until it permeated the prevailing mood of socialist militants (including many veterans who made common cause with the party's young members), was it possible to breach the walls of the 'citadel' patiently edified in Toulouse by the executive during the long years in exile.<sup>121</sup>

Nevertheless, the regeneration undertaken by the 'renovators' of the PSOE at 'the congress of rebirth' in 1972 could not be truly completed until December 1976, or, depending on the interpretation, until after the elections of June 1977, or until having overcome the 'Marxism, yes, Marxism, no, controversy' of 1979, or even until the

---

<sup>119</sup> GÓMEZ LLORENTE, Luis: *Aproximación a la historia del socialismo español (hasta 1921)*, p. 8; "Historia del PSOE X. La renovación socialista", *El Socialista*, 10-25 October 1976.

<sup>120</sup> *Nuestro pensamiento*, I: *Informe sobre la situación de la clase trabajadora en España*, JSE, 1961, p. 14.

<sup>121</sup> TIERNO GALVÁN, Enrique: *Cabos sueltos*, p. 136.

‘Spanish *Bad Godesberg*’ (the 19<sup>th</sup> Congress) held in 1981.<sup>122</sup> Between one and the other (between 1972 and 1977, or between 1972 and 1981, as preferred), a collegiate executive and, afterwards, following Suresnes, another led by Felipe González as first secretary allowed itself to be carried away by a contradictory – then called ‘dialectic – ‘merry-go-round’ of tactical ambiguities and ideological confusion, of ‘revolutionary verbalism and moderate deeds, of *caballerista* images and *prietista* attitudes, of Republican flags and views of La Zarzuela, of theoretical Marxism and social-democratic practice.<sup>123</sup>

The situation was only clarified when the socialist leaders advocating for renovation managed to completely rid themselves of the ideological ‘overload’ accumulated by the PSOE since the beginning of the 1960s or the middle of the decade, or, according to Felipe González, when the party and its leaders had reached a sufficient level of political maturity.<sup>124</sup> Meanwhile, the PSOE’s lack of experience (in all aspects) was made up for by the ‘tremendous leadership’ of its secretary general.

That hyper-leadership occurred – both as cause and effect – in an ideologically callow party. No political party is a locus of wisdom and reflection, but the PSOE of the 1970s, and even of the 1980s, broke all of the records with regard to playing lip service to rather superficial radical stances, and lacking clear ideas about what had to be done in the country, except for, needless to say, the most self-evident goals, such as to recuperate democracy and consolidate it.<sup>125</sup>

And the litmus paper of maturity, the pivotal point – of ‘the shift to the right,’ according the ‘critics’<sup>126</sup> – was, ironically, the instrument that had most radicalized the party’s political stances; that self-management project taken as the basis for the construction (‘invention’) of ‘a new model’ of socialism (and democracy),

---

<sup>122</sup> SHARE, Donald: *Dilemmas of Social Democracy*, p. 60.

<sup>123</sup> “La crisis de identidad del PSOE”, *El País*, 1 June 1977.

<sup>124</sup> CLAUDÍN, Fernando: “Entrevista con Felipe González”, *Zona Abierta*, 20, 1979, p. 8; CEBRIÁN, Juan Luis: “El socialismo no es solo de la clase obrera”, *El País*, 14 June 1979.

<sup>125</sup> BUSTELO, Francisco: *La izquierda imperfecta*, p. 128 and 129; CASTELLANO, Pablo: “La desideologización”, *El Socialista*, 12 May 1980.

<sup>126</sup> “Manifiesto del grupo Bustelo-Gómez Llorente-Castellano”, *El Socialista*, 2 August 1979.

‘unimplemented in any country to date.’<sup>127</sup> By means of self-management, those members of the PSOE favouring renovation aimed to build a bridge between the Sevillians’ reinterpretation of the works of Luxemburg, Gramsci, Marcuse and the young Marx, the ideas of radical democracy defended by the new currents of the European and American left, and some of the old aspirations of the 19<sup>th</sup> century workers’ movement that had been reduced to a ‘dead letter’ after the communist aberration was confirmed and the social-democratic betrayal consummated in the post-war period: ‘The appropriation of production by the producers, worker-managed production, the extinction of the State, the replacement of the government of persons with the administration of things.’<sup>128</sup>

As with Yugoslavian self-management, ingeniously characterized by Dennison Rusinow as ‘*laissez-faire* socialism’ (in contrast to the ‘state socialism’ of the USSR), the self-management system of decentralization and planning proposed by the PSOE in 1976 implied the socialists’ acceptance – under a certain degree of administrative control – of the capitalist market.<sup>129</sup> (In each company, at least in theory, decision-making would be in the hands of the workers. This would mean, as the leaders of the PSOE credulously believed, that the workers, now also managers, would be willing, in the light of the incentives offered by the free play of market forces, to moderate their wages to make their products more competitive and sufficiently increase the flexibility of an economic system capable of outperforming itself, without having to cope with the trauma of the cyclic crises described by Marx in *Capital*.)<sup>130</sup> From this perspective, self-management served as an interface between a statist conception of economy – etched on socialist tradition – and another decentralized one dominated by free competition, and prepared the minds of the Spanish socialists – as had happened before in the Yugoslavia of Marshal Tito, in spite of the fact that the practice of self-management there was never more than a ‘mere formality’<sup>131</sup> – for the acceptance of the virtues of a capitalist market economy.

The self-management tool – if I may say so – also served as a blade with which to slash the Gordian knot of the old ‘reform or revolution’ dilemma that had marked and

---

<sup>127</sup> “Programa de transición”, in: GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso (ed.): *XXVII Congreso*, p. 159.

<sup>128</sup> SANTOS, Jesús: “Prólogo a la edición española”, in: TEODORI, Massimo: *Las nuevas izquierdas europeas*, vol. I, p. 38.

<sup>129</sup> RUSINOW, Dennison: *The Yugoslav Experiment*, p. 138.

<sup>130</sup> MARX, Karl: *El capital*, III, vol. I, p. 317.

<sup>131</sup> LYDALL, Harold: *Yugoslav Socialism*, p. 150.

conditioned the very concept of socialism, generation after generation. In other words, it called into question the coexistence of a set of ‘immediate’ objectives and an ‘ultimate’ aim of socialism (as held by the Marxist orthodoxy of the Second International, with the sole opposition of those supporting Bernstein’s tendency, then very inconsequential). Paradoxically, self-management was conceived by the socialist leaders as the ‘ultimate aim’ and, at the same time, as the ‘process’ – the path marked by immediate and concrete objectives – that led to that end. Thus, self-management gave a tangible shape to that formula devised by the Sevillians in 1970 so as to reconcile immediate objectives and the ultimate aim, reform and revolution, socialism and liberty, ‘direct’ democracy and ‘formal’ democracy, utopia and reality: ‘The revolutionary character of socialism involves maintaining a constant connection between the goals to be achieved immediately and the comprehensive construction of a socialist society.’<sup>132</sup>

Accordingly, the PSOE’s adoption of self-management at the end of 1976 sanctioned, retroactively, the balancing act in which the executive of Felipe González had become involved since Suresnes, whose aim was to maintain permanent tension between ‘desire and reality’, between ‘the utopian and the possible.’<sup>133</sup> This mechanism, combining an exceedingly radical discourse for internal consumption with a moderate, pragmatic political practice keyed to the general public, allowed the PSOE to be as demanding as anybody else about preserving the purity of its revolutionary principles (which, in practice, implied – as was believed at the time – securing a hegemonic political space on the left, at the expense of what was then thought to be the ‘all-powerful’ Communist Party of Spain (PCE)). Simultaneously, it lent the party sufficient tactical manoeuvrability to allow it to adapt, without hang-ups or ideological remorse, its political initiatives to the current circumstances: accepting the restoration of a constitutional monarchy embodied by the figure of Juan Carlos I, signing the Moncloa Pacts, participating in the constitutional consensus...

However, that the PSOE assumed the formula discovered by the Sevillians in the mid-1970s for combining verbal radicalism with political pragmatism does not mean, or even less demonstrate, as has been sometimes insinuated, that the party and its senior leadership preached a series of ideological principles in which, ultimately, they did not really believe. The conscience of the socialists had always been split between their revolutionary soul and reformist spirit. Extremist slogans associated with moderate

---

<sup>132</sup> “De la Agrupación de Sevilla al XI Congreso del PSOE”, FPI/AE 706-2.

<sup>133</sup> GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: *Un estilo ético*, pp. 78 and 79.

actions should not make us presuppose the vacuity of socialist principles, or, for that matter, interpret them as if they were a passing fad or mere posturing. Radical language in combination with political pragmatism had formed part of the historical baggage of Spanish (and European) socialism practically since its inception. Nor should the leaders of the PSOE be seen – as many political analysts have done retrospectively on the strength of anachronistic arguments tinged with prejudice born out of being fully acquainted with the socialists’ track record during their 13 years in power – as sceptical cynics, whose only aim was to govern at all costs, and who, to achieve this, exploited in a calculated strategy the demands for a radical ‘superior democracy,’ a ‘socialist democracy,’ in order to gain political advantage immediately.

There is no reason to doubt the sincerity of Felipe González’s words at the socialist summer school of 1976, when he declared that both the party and its first secretary had reasons for declaring themselves Marxist.<sup>134</sup> Even his fiercest opponents have acknowledged that, in each stage of his political evolution, the Sevillian was ‘convinced of what he did and said.’<sup>135</sup> Therefore, this was not an attitude of ‘political manoeuvring,’ but corresponded to a conviction very deeply rooted in the mind of the secretary general of the PSOE:

It is essential not to allow yourself to be trapped by short-sighted pragmatism, incapable of connecting what you can achieve in a specific historical period with what you would like to accomplish as an objective. [...] I do not believe there is a complete utopian thought, there is not a complete construction of final objectives, and it would be a bad thing if there was (except in Paradise, for believers). [...] Nonetheless, I believe that is also the driving-force behind change: the connection between reality and utopian thought.<sup>136</sup>

The crux of the question does not lie in trying to elucidate what the socialist leaders were thinking – an impossible task – when they signed a revolutionary manifesto with their left hand, while welcoming constitutional monarchy and capitalist market

---

<sup>134</sup> GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: “Línea política del PSOE”, in: GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe; REDONDO, Nicolás; PECES-BARBA, Gregorio; BOYER, Miguel; and GUIDONI, Pierre: *Socialismo es libertad. Escuela de Verano del PSOE*, pp. 27 and 28.

<sup>135</sup> BUSTELO, Francisco: *La izquierda imperfecta*, p. 89; Francisco Bustelo to BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el socialismo*, pp. 254 and 255.

<sup>136</sup> GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: *Un estilo ético*, pp. 78 and 79.



economy with their right. The issue is trying to understand why – in the words of Felipe González – such a ‘discrepancy between what was said and done’ occurred.<sup>137</sup> In plain English, what is important is to appreciate that socialism, from its very origins, had played this contradictory game not for mere ‘political manoeuvring’ – although there was always some of that – but, basically, for pure and simple survival, spurred by its instinct of self-preservation.

In an environment generally hostile to the ideology of radical transformation of society – and Spain in the mid-1970s was no exception, however much fuss the most politically ‘aware’ elements made: a minority, as has been seen – the approaches that the socialists had followed to reach their objectives had always wavered between two extremes: that of demanding revolution (when they felt isolated, like outsiders) and that of achieving utopia on the basis of a process of accumulation of reforms (when they thought that they could achieve their aims within the existing political system on feeling they had a part to play in it). In addition to their capacity to adapt to the environment, whether they followed one approach or the other depended on the circumstances at the time: on the degree of hostility or compliance shown by society on the whole and by all the other political actors (including rivals sharing the same ideology, i.e., other socialist and communist groups).

So, all the ‘renovators’ of the PSOE did in the second half of the 1970s – as their predecessors had done before them: for instance, the participation of Pablo Iglesias, together with the republican ‘bourgeoisie’, in the electoral coalition of 1909, or Largo Caballero’s collaboration with the Labour Council of the Primo de Rivera dictatorship – was to ‘adapt political analysis to current reality.’<sup>138</sup> In 1975, the overriding aim of the socialists was to achieve democracy, whether by means of total ‘rupture’ with the Franco regime or through a more or less ‘negotiated’ rupture with its successors. When, at the end of 1976, democracy was, so to speak, just around the corner, the socialists had to make a huge effort to cast off the chains of their political irrelevance and dispute, ‘by hawking Marxists pronouncements,’ the left-wing space occupied by the PCE, the ‘champion’ of the anti-Francoist struggle, and by that ‘rash’ of socialist and social-

---

<sup>137</sup> CEBRIÁN, Juan Luis: “El socialismo no es solo de la clase obrera”, *El País*, 14 June 1979.

<sup>138</sup> *Ib.*

democratic contenders that Rodolfo Llopis talked about in 1967.<sup>139</sup> Afterwards, once the hegemony of the left had been achieved following the first democratic elections, the PSOE tried to attain power by endeavouring to attract voters from the only place it could do so, from the right, occupying the political space of the UCD of Adolfo Suárez. It was a moment when the socialists had to wrestle with their own demons and prejudices, and overcoming internal resistance, present themselves before society as a serious, mature, modern and moderate party, unambiguously in favour of democracy as this was conceived in the West; in short, a party equivalent to the other socialist (or social-democratic, if you like) parties in its milieu.

But that tactical ‘hawking’ to the left and right did not necessarily imply the reinforcement or renouncement of socialist ideals, or the PSOE’s ‘de-ideologization’, as the ‘critics’ denounced. Shifts of this kind had been customary throughout the history of the party, without this having shaken its ideological foundations in the least. Therefore, what was defined as an ‘ideological disarming’ in the *Manifest* presented by the ‘critics’ in the summer of 1979, should be seen more appropriately as a process of updating the PSOE’s political premises (doctrinal and strategic).<sup>140</sup> Rather than a loss of socialist identity, at that moment what was at stake was, ideologically speaking, whether the party would continue to depend on what the ‘Felipists’ understood as a ‘particular’ conception of socialism, epitomized by the ‘shabbiest and most outmoded,’ ‘sectarian’ and ‘discriminatory’ version of the old Marxist orthodoxy and its ‘unyielding laws of capitalism’ (belonging to the 19<sup>th</sup> century), or on the ‘modern’ and ‘open’ conception, that of a socialism taken ‘without adjectives’ or ‘class’ prejudices, fit for ‘broadening its ideological spectrum,’ which they defended.<sup>141</sup>

However, we should not be misled. Both conceptions, that of the ‘critical sector’ and that of the ‘Felipists’, were equally socialist (although the former should initially be situated further to the left). The adoption of Marxism as the sole and chief distinguishing trait – whether explicitly or implicitly, out of conviction or as mere posturing, as a result of ‘comprehensive studies’ or in perfunctory fashion – was not an

---

<sup>139</sup> Joaquín Almunia to BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el socialismo*, p. 322.

<sup>140</sup> “Manifiesto del grupo Bustelo-Gómez Llorente-Castellano”, *El Socialista*, 2 August 1979.

<sup>141</sup> “Un buen momento para hacer balance”, *El Socialista*, 6 January 1980; Joaquín Arango to BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el socialismo*, pp. 100 and 101; GONZÁLEZ, Felipe: “Socialismo sin adjetivos”, *El Socialista*, 14 May 1978.

indispensable requirement, even less so for considering a party as socialist. ‘We must be socialists rather than Marxists!’ Felipe González shouted at the party’s 18<sup>th</sup> Congress.<sup>142</sup> Neither Marx nor the Marxists – upholders or, depending on the point of view, corruptors of the master’s theories – invented socialism. It had already existed before Marx arrived on the scene. And it continued to exist after his death, although greatly conditioned, it must be said, by the overwhelming personality of the Rhenish philosopher or, rather, by the deterministic and naturalist Marxism of Engels and Kautsky during the years of the Second International, increasingly more divested of the deforming effects of this version of Marxism from 1951 onwards, after the creation of the new Socialist International.

In conclusion, the issue that concerns us here is to try to establish why the PSOE eliminated all traces of radical thought between 1977 and 1982. The answer is simple, although rather difficult to explain, because the conditions under which that radicalism had emerged, flourished and endured had disappeared one by one. The ‘citadel spirit’ of the years in exile and the influence of veteran leaders who had served as a negative ‘social-democratic’ model with which to contrast a ‘radical’ socialism; the dictatorship and, with it, clandestinity, repression and exile; and the ‘gulf existing between politics and the citizenry’ all disappeared – or that was the illusion embraced by Spanish public opinion for some years.<sup>143</sup> In its place there appeared ‘liberty’ and something which could fill the new generations of Spaniards with excitement: a political system under construction, a young democracy, the promise of the country’s much-longed for incorporation in Europe.<sup>144</sup> (Moreover, after the elections of June 1977, the myth of an omnipresent and omnipotent PCE was dispelled, and other rival socialist groups, including the so-called *historical sector*, gradually joined the ranks of the PSOE.)

Lastly, the effects of the economic crisis suddenly made themselves felt, in the Western world progress was made – through post-modern and post-materialist critique – towards replacing the general paradigm of radicalism constructed in the 1960s, and a relativist consciousness gradually established itself, contributing to the annihilation of all eschatological and millenarian ideas, of the notion of the absolute, of the conception of Marxism as ‘theology’ and as a reliable, infallible way of understanding and

---

<sup>142</sup> GONZÁLEZ, Felipe: “Discurso al XXVIII Congreso”, *El Socialista*, 27 May 1979.

<sup>143</sup> PALOMARES, Alfonso S.: *Felipe González. El hombre y el político*, p. 205.

<sup>144</sup> TIerno GALVÁN, Enrique: *Cabos sueltos*, pp. 114 and 115.

changing the world.<sup>145</sup> In a nutshell, the revolutionary cravings of ‘those young outsiders,’ as Alfonso Guerra put it, ‘who presented their calling card’ in June 1977,<sup>146</sup> at the first democratic elections held in Spain for over 40 years, dissipated, and what surfaced in their place was ‘the militant and electoral force’ of a socialism that sought to construct a model of *possible* society,’ which ‘pertained to the *promises* of political freedom, social equality, democracy, economic progress and ethical solidarity.’<sup>147</sup>

---

<sup>145</sup> MÚGICA HERZOG, Enrique: “Lo que se jugaba el PSOE en el XXVIII Congreso”, in: DIARIO 16: *Historia de la transición*, vol. II, p. 592; LYOTARD, Jean-François: *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra, 1987; INGLEHART, Ronald: *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles among Western Publics*, Princeton, Princeton University Press, 1977.

<sup>146</sup> GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: *Cuando el tiempo nos alcanza*, pp. 310 and 311.

<sup>147</sup> MARAVALL, José Antonio: “Problemas del socialismo en la nueva década”, *El Socialista*, 20 January 1980.